



ÉPOCA 3.<sup>a</sup> — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 46. — Madrid 5 de Octubre de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.  
Un año..... 60 "

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.  
Un año..... 4 "

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20. SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.  
Un año..... 21 "

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.  
Un año..... 6 "

SUMARIO

TEXTO. — *Revista*, por Nulema. — *Crónica*, por D. D. Isern. — *La crisis*, por Blas. — *El estilo moderno*, por D. Juan Bautista Lázaro. — *Los grabados*. — *Costumbres filosóficas*, por D. Benigno Bolaños y Sanz. — *San Francisco de Asís y las bellas artes*, por D. R. Vinader. — *Una mujer fuerte* (continuación). — *Bibliografía*. — *Revista de conocimientos útiles*. — *Anuncios*.

GRABADOS. — *Trajinero catalán*. — *Paisaje de Otoño*, cuadro de Masriera. — *Alegoría del mes de Octubre*. — *San Lorenzo de Luqueto*.

REVISTA

**S**UBIR á un trono que domina á todo el universo á los 68 años de edad, cuando la gran mayoría de los hombres ha bajado ya al sepulcro; desplegar en la ancianidad la energía y la actividad de la juventud; abarcar de una mirada todas las cuestiones que traen revueltos á los hombres y á los pueblos; resolver con una palabra cada uno de estos grandes problemas y aplicar el oportuno remedio á todas las enfermedades de la sociedad moderna, es maravilla que debe asombrar á todos los hombres pensadores, viéndola realizada en el anciano Pontífice León XIII.

Repasemos la historia de su corto pontificado, que aun no cuenta seis años, y veremos que este anciano cargado de años y de cadenas, sin capitales ni soldados, ha ejecutado obras que ningún príncipe temporal podría cumplir en medio siglo de reinado.

Ha llevado la paz religiosa á los católicos rusos, alemanes, suizos, portugueses, slavos, ingleses y griegos, entablando amistosas relaciones con sus Gobiernos, ora cismáticos, ora protestantes, ora mahometanos, ora liberales y revolucionarios; ha restablecido los verdaderos principios de la moral y de la justicia sobre el matrimonio, conculcados por la política secularizadora de los Gobiernos impíos; ha fijado los derroteros de la filosofía y de la historia en medio de la borrasca que los errores modernos han levantado en el océano de los conocimientos humanos; ha reformado antiguas instituciones, como la Orden Tercera de San Francisco, para hacerlas más fructuosas en estos tiempos tan necesitados de gracias espirituales, y por todos los medios posibles fomenta la piedad cristiana, colmando de indulgencias á los fieles y despertando en la sociedad embriagada los nobles sentimientos de la Religión, sin la cual iríamos á pique en el oleaje de tantos y tan funestos errores.

Nos sugiere esta reflexión la entrada del mes de Octubre, que Su Santidad ha querido que se dedique con especial devoción á Nuestra Señora del Rosario, recomendando á los fieles que guarden esta piadosa práctica, tan antigua casi como la Iglesia, aunque definitivamente ordenada por nuestro insigne compatriota Santo Domingo de Guzmán. Quiere León XIII que sea el mes de Octubre una continuación del de Mayo, pues si en éste se obsequia á la Reina de los cielos con las flores de la primavera, en el de Octubre se la



TRAJINERO CATALÁN.



dedican las rosas de todo el año, ó sea esa guirnalda de rosas que la piedad, inspirándose en las más poéticas imágenes, ha denominado *Rosario*.

Los deseos del Padre Santo se dirigen á toda la cristiandad; pero indudablemente tocan con más particularidad á España, porque la fiesta y la devoción del Rosario se hallan vinculadas á nuestras glorias y á nuestro suelo, á la victoria de Lepanto y á la cuna de Santo Domingo de Guzmán. Debe España especial gratitud al Romano Pontífice porque al recomendar de nuevo y favorecer con nuevas indulgencias la fiesta del Santo Rosario, ha hecho reverdecir los laureles de nuestra gloria y ha procurado aumentar la fragancia de las flores que han brotado en nuestra tierra, regada con la sangre de tantos héroes y confesores de Cristo.

La fiesta del Rosario será siempre una gloria española.

\*\*

¡Qué interesantes y poéticas eran las antiguas costumbres en el hogar de las familias cristianas! Bajo la ancha campana del hogar, que resonaba con el zumbido del viento en las inclementes noches de invierno, al redor de la ardiente llama que parecía simbolizar el amor de la familia, bellamente agrupados los pequeñuelos sobre la falda de la madre ó entre las piernas del padre ó del abuelo, los mozos respetuosamente recostados detrás de los ancianos, y los animales domésticos en los rincones del hogar como centinelas perezosos de aquél pacífico campamento, rezábase todas las noches el Santo Rosario, que era como la cadena de rosas que á todos los abrazaba, comunicando su unión con la de los bienaventurados, eternos adoradores de las infinitas gracias de la Virgen María.

¿Qué lazo de unión más suave que esta cadena de rosas? Y al mismo tiempo, ¿qué lazo más fuerte?

La impiedad moderna, que ha tratado de romper esa cadena y de deshojar sus eslabones, sólo ha conseguido reemplazar la bendita cadena de rosas con la cadena del presidiario, convirtiendo en odio el amor de los hombres y la sociedad cristiana en un semillero de vicios.

El Vicario de Cristo en la tierra quiere que se restaure la preciosa cadena de Santo Domingo, para que las antiguas costumbres cristianas vuelvan á la sociedad el honor perdido, y á los hombres la felicidad de los goces eternos.

¡Oh bendita cadena de rosas, tú eres el símbolo de la verdadera libertad, y la prenda más segura de la emancipación de los pueblos, ahorrados con el yugo del despotismo revolucionario!

\*\*

Madrid renace de sus desmayos caniculares. El frío que entristece las aldeas, es el principal agente de la alegría de la Corte; los teatros, los cafés, los salones comienzan á vivir cuando mueren los campos, como si la vida del gran mundo se alimentase con los despojos de la naturaleza.

Sucede con esta vida de la Corte lo que con la elocuencia de algunos impíos, que á pesar de su aversión á las cosas cristianas, apelan á ellas para engalanar sus discursos y las explotan ingratamente en beneficio de su reputación.

Madrid es refractario á la vida del campo, y sin embargo, roba sus encantos á la naturaleza para embellecer sus fiestas, cubriendo de flores los salones y de fuentes y alamedas sus paseos más regados.

El lujo es—como decía felizmente nuestro compañero Blas—la hipocresía de la riqueza, y Madrid, arrebatado por un lujo creciente, apela á todos los medios imaginables para realizar su hipocresía con nuevos disfraces y artefactos.

Cuando después de pasar una temporada en el campo vuelve uno á engolfarse en este maremagnum de la Corte, salta de tal modo á la vista la hipocresía del lujo, que parece adelantarse el Carnaval para sorprendernos con sus bromas y mascaradas.

La mayor broma con que nos vamos á divertir este otoño es la crisis política. El Gobierno caerá con la hoja, porque...

las ilusiones perdidas  
son hojas ¡ay! desprendidas  
del árbol del corazón.

El lujo de la política es el más deslumbrador de Madrid. ¡Cuántos partidos y cuántos personajes! ¡Cuántos partidos y cuántos hipócritas! Lujo de ideas, de Constituciones, de programas, de oradores, de repúblicas y de republicanos! ¡Y en el fondo cuánta miseria!

Compañero del lujo de la política es el lujo de la Bolsa, la cual nos está sorprendiendo con un des-

crédito sin ejemplo, con una ruina espantosa, con una serie de bancas-rotas, que son para romper la crisma á los banqueros más afortunados.

Y por estos lujos puede juzgarse de los demás. Repitamos de nuevo, ante el esplendor con que renace Madrid de la siesta del verano, el pensamiento de nuestro amigo: el lujo es la hipocresía de la riqueza.

\*\*

Merece tratarse por separado un lujo de que hace Madrid estrepitoso alarde: el lujo de teatros.

A tal estado de decadencia ha llegado la escena española, la escena que glorificaron con sus obras Calderón y Lope, Tirso y Moreto, que se han reunido estos días varios actores y autores para proponer al Gobierno un medio de restaurarla. El medio nos parece que huele más á negocio que á literatura. Consiste en fundar una empresa de actores y poetas que forme compañía para la temporada próxima en algún teatro de Madrid. El pensamiento, según se ve, consiste en emancipar la escena del monopolio de los empresarios; pero ¿qué culpa tienen los empresarios de que no haya actores ni autores, ni que el público desprecie el oro de ley para entusiasmarse con el oropel de la dramaturgia escandalosa?

No tratamos de defender á los empresarios; pero es evidente que las corrientes de la sociedad son las que han viciado el teatro, y que no hay empresa, por sublime y desinteresada que sea, que pueda levantar hasta el Parnaso las tablas sobre que se baila el *Excelsior* y hace piruetas Miss Leona. El público que frecuenta los teatros, que es un público especial, muy ancho de tragaderas, pide mostaza y pimienta, y todo manjar que no está confeccionado con estas especias le parecerá soso, y lo despreciará, como desprecia el hidrópico la dieta que puede curarle.

La cultura positivista lo ha convertido todo en negocio, y si lo fuera la práctica de las virtudes cristianas, veríamos convertirse la sociedad en un claustro de capuchinos. Mientras este afán de lucro no se corrija, los teatros serán empresas industriales y la literatura una mercancía.

El lujo de teatros es la hipocresía del arte.

\*\*

La revolución, cuya fuerza latente nadie puede negar, no había de consentir que Madrid tuviese una iglesia más. Por eso, frente á frente de San Jerónimo, restaurado y abierto al culto, se ven las ruinas de *Italianos*, que se está demoliendo.

Esta iglesia, que aunque pequeña, tuvo en otro tiempo mucho culto, pertenecía al patrimonio de San Pedro, y el Gobierno de España—que no decimos español, porque en esta ocasión sería abusar de la palabra—ha querido sancionar de nuevo la usurpación de Roma, incautándose de la iglesia pontificia y vendiéndola en pública subasta. Con esto, además, desaparece otra de las pocas iglesias que van quedando en el centro de Madrid, continuándose la obra de impiedad que intenta echar de la capital del *católico reino* de España, todos los templos arrojados á las afueras como centros pestilentes, ajenos á las necesidades de la población.

Espaciosa y bellísima es la iglesia de San Jerónimo, recién restaurada; pero se halla tan en las afueras, que para ir á ella de noche, será preciso ir armado como los cruzados á Jerusalén, expuesto al asalto de los turcos madrileños. ¡En el interior de la capital qué pocas iglesias se restauran!

—¡Afuera las iglesias! Hé aquí el grito de la revolución. A las puertas está del poder un hombre que, discutiéndose en las Cortes la demolición del convento de Calatravas de la calle de Alcalá, se alzó de su asiento con el coraje de un energúmeno y dijo: «¡El templo caerá!» ¿Llegará á consumarse la obra de la revolución?

La calle Mayor, que antes tuvo tres magníficos templos, San Felipe el Real, San Felipe Neri y la Almudena, ya no tiene ninguno; con el derribo de *Italianos*, se queda sin ninguno la Carrera de San Jerónimo; sin ninguno están las calles de Preciados, Carretas y Puerta del Sol; la del Carmen tiene uno en inminente peligro, porque se le viene encima la Deuda española; la de Alcalá tiene dos mutilados, Calatravas y San José; este último profanado con el contacto de un teatro. ¿No hay motivo para temer que la obra de destrucción se consume y se quede sin templos el centro de Madrid, que representa el centro de España?

\*\*

Véase cómo la alegría que nos ha causado la restauración de San Jerónimo está amargada con la demolición de *Italianos*. Hace tiempo que los católicos no disfrutamos una satisfacción completa. Las flores de nuestros triunfos están matizadas de sangre; parecen brotar de una corona de espinas.

Del Hospicio de Madrid han sido expulsados nada menos que 600 niños, para hacer economías en el presupuesto.

No discutimos la medida de la Comisión provincial; nos limitamos á consignarla, para que sirva de lección á los que guardan alguna fe en la caridad administrativa.

Seiscientos niños dejarán de recibir los socorros de la Beneficencia; en cambio, ningún diputado provincial dejará de percibir sus dietas. ¿Puede darse caridad mejor ordenada?

\*\*

Aunque no pertenece á nuestra sección, es imposible no reflejar en esta crónica la indignación que han causado en Madrid los atentados de París contra Don Alfonso XII.

La República francesa se hunde en el lodo, empujada por sus propios excesos. Mírese como se quiera al augusto viajero, sólo la cobardía de un populacho brutal podía negarle los deberes de la hospitalidad y el respeto correspondiente á su rango. Por eso se ha visto que hasta los jefes carlistas emigrados en París, cubierto el cuerpo de cicatrices recibidas en la guerra contra Don Alfonso, han acudido á protestar contra la violación de las leyes de la hospitalidad y de la cultura, cometida á ciencia y paciencia del Gobierno republicano.

Las hazañas de los demagogos son siempre igualmente heroicas. ¿Cuándo volverá la escoba de los prusianos á barrer de inmundicia el suelo de Francia?

\*\*

Vamos á cerrar esta crónica con los últimos versos de la fábula *El hacha y el mango*, de Samaniego. Prestaron los árboles de un bosque, robusto mango al hacha de un leñador, y cuando vieron el estrago del inflexible instrumento,

Dijo la triste encina al fresno: amigo,  
Infeliz del que ayuda á su enemigo.

NULEMA.

## CRÓNICA



Los católicos de Alemania y de Austria, unidos en santa concordia de pensamiento y de voluntad, se han constituido en asamblea en Dusseldorf, asistiendo á esta reunión los hombres más eminentes de los partidos católicos de aquellos imperios.

Aunque no se trataba de pelear, sino de preparar armas para el combate, las dos huestes llevaban consigo los dos capitanes. Asistieron á todos los actos de la asamblea los Sres. Windthorst y príncipe de Loevenstein.

Las tareas de esta asamblea han sido grandemente provechosas.

El primer acuerdo que en ella se tomó iba encaminado á asegurar el fomento de las misiones de la Alemania del Norte y de la frontera rusa. Varios misioneros expusieron la situación de estas misiones y la asamblea votó espléndidos recursos para que estas obras de propaganda católica puedan luchar ventajosamente con las obras del error.

Otros acuerdos de la misma índole se tomaron; pero la mayor parte de las sesiones de la asamblea fué consagrada al estudio de la cuestión económica y social, que es la que en estos momentos preocupa más seriamente, lo mismo á los católicos de Austria que á los de Alemania.

El conde de Taaffe y el príncipe de Bismarck quieren llevar á cabo una reforma de las leyes económicas del liberalismo, y por una feliz coincidencia, uno y otro solicitan el apoyo de los católicos para llevar á cabo tan trascendental reforma.

¿En qué términos debe concederse este apoyo? ¿Es aceptable la reforma que prepara el conde de Taaffe? ¿Lo son los proyectos de Bismarck, empeñado en sustituir el socialismo de las masas por el socialismo del Estado?

La asamblea no debía ni podía descender á estudiar estos proyectos. De aquí que se limitara á afirmar los principios sociales y económicos del Cristianismo y que declarara solemnemente que las reformas que se emprendan sólo serán provechosas para el Estado, si se llevan á cabo de acuerdo con la Iglesia.

Los periódicos sectarios de Europa esperaban que en Dusseldorf iban á mostrarse divididos los católicos de los imperios del centro de este antiguo mundo, y que al fin iba á perderse en un día el fruto de tantos y tantos afanes de los católicos de Alemania. Se engañaron. El acuerdo de los miembros de dicha asamblea fué completo, como lo han reconocido luego aquellos mismos periódicos que habían anunciado lo contrario.

Antes de separarse protestaron solemnemente los católicos de Alemania á instancias del insigne señor Windthorst de que no se permitirán tregua ni des-



canso hasta que logren devolver á la Iglesia el estado de libertad en que se hallaba antes que el príncipe de Bismarck y el Dr. Falk iniciaran la época tristísima del Kultur-Kampf.

Poco antes había acordado la asamblea reorganizar los antiguos gremios, bajo las mismas bases que tuvieron en otros tiempos, pero con algunas modificaciones accidentales en su organismo que les pongan á salvo en lo posible de la codicia y de la malevolencia de los poderes públicos.

\*\*\*

El discurso con que cerró sus tareas la asamblea estuvo á cargo del Sr. Windthorst, quien llevó á cabo su cometido por maravillosa manera.

Hizo constar que á aquella asamblea asistían representantes de todas las naciones de Europa, y aun de algunas de Asia y América. Bélgica, Holanda, Inglaterra, Dinamarca é Italia eran las que mayor número de representantes tenían en Dusseldorf.

Dedicó un cariñosísimo recuerdo al duque de Norfork y á los católicos ingleses que supieron conquistar valerosamente su libertad como la conquistaban los católicos de Alemania.

En seguida hizo el resumen de los trabajos de la asamblea.

Terminó exponiendo un proyecto que, sea cual fuere la idea que se forme de él, preciso es reconocer que es digno del celo, de la ilustración, del espíritu práctico del jefe del centro alemán. Se lo inspiró el espectáculo de ver reunidos en Dusseldorf representantes de todas las naciones de Europa.

¿Por qué, dijo, no han de hacer los católicos lo que hacen los revolucionarios? Ellos establecen lazos internacionales entre los correligionarios de todos los pueblos. ¿Por qué no hemos de hacer lo mismo nosotros? ¿Por qué no hemos de formar una gran asociación internacional de católicos presidida y dirigida por el Romano Pontífice?

La prensa de Europa de todos los colores y partidos ha prestado grandísima atención á este proyecto, y la prensa protestante se muestra muy inquieta y alarmada.

El órgano más autorizado de los protestantes y republicanos moderados de París declara que si el proyecto de Windthorst se realiza, contará el Papa con una fuerza colosal en Europa, con una fuerza como no la ha tenido ningún Papa en la edad moderna.

Esto produciría, añade el periódico aludido, graves complicaciones internacionales, y no bastarían los recursos hasta ahora empleados para tener á raya el ultramontanismo.

\*\*\*

Después de los católicos alemanes, indudablemente los que más trabajan en Europa, á pesar de sus divisiones y polémicas, son los católicos franceses. Sostienen multitud de obras de caridad, de piedad y de reforma social y económica, y prestan además grande atención al movimiento que se realiza en el terreno de las ciencias morales, y singularmente en el derecho.

Grave influencia ejerció el renacimiento del derecho romano en Europa, si es que no fué la principal causa de que se fuera paganizando poco á poco el concepto de la autoridad, y de que se falsearan el de la soberanía y los demás que sobre aquél se forman ó que de aquél se derivan.

Muchos siglos se necesitaron para andar el camino. Pero al fin y al cabo el camino se anduvo, y se llegó á la célebre declaración de los derechos del hombre.

Desde entonces el llamado derecho moderno ha reemplazado al antiguo en los Estados, y se ha caminado á pasos de gigante á la secularización de las naciones. Francia, que ha sido la que ha ido casi siempre al frente de este movimiento, que ha sufrido las gravísimas consecuencias del cambio, trabaja ahora cuanto puede y sabe, por medio de sus mejores jurisconsultos, por favorecer la vuelta al derecho cristiano.

Con este objeto sostiene gran número de revistas, y con este objeto van á reunirse también en congreso los jurisconsultos católicos en los días 10, 11 y 12 de los corrientes, siendo Nantes la ciudad elegida para celebrar en ella las sesiones.

Este congreso va á tener excepcional importancia, según el programa de sus tareas, que se ha publicado en París.

Se trata, entre otras cosas, de dar mayor desarrollo á las obras de restauración del derecho cristiano existentes en Francia, y además, de la fundación de dos grandes bibliotecas, una destinada á reproducir las obras de derecho cristiano que se publiquen en el extranjero ó que hayan visto la luz en los pasados siglos y se recomienden por su importancia, y la otra destinada á publicar los escritos de los jurisconsultos franceses inspirados en el indicado sentido.

Otros muchos pensamientos animan á los iniciadores del indicado congreso, pero todos ellos tienen sólo importancia secundaria ante los que se dejan expuestos. La fundación de las indicadas bibliotecas marcará indudablemente en Francia la época en que empiece para ella verdaderamente la restauración del concepto del derecho paganizado en la edad moderna.

Como son muchas las naciones en que influyen los cambios en las ideas que se realizan en Francia, de aquí que el movimiento que allí tan grandes proporciones va á tomar, sea provechoso, no sólo para la nación vecina, sino también para las naciones aludidas y singularmente para España, donde, desgraciadamente en la mayor parte de los casos, todo adquiere carta de naturaleza en trayendo la marca de París.

\*\*\*

León XIII acaba de recibir de cuatro á cinco mil sacerdotes que de las diversas diócesis de Italia se han dirigido en peregrinación á Roma. De estos sacerdotes, dos mil proceden de los antiguos Estados pontificios y los demás del resto de la península.

Presidía la peregrinación el Emmo. Sr. Cardenal Alimonda, Arzobispo de Turín, que leyó un elegante, discreto y estusista mensaje de adhesión á la Santa Sede.

Contestando á este mensaje, el Papa pronunció un magnífico discurso en el que recomendó al clero la más estrecha unión con sus prelados y la de éstos con la Santa Sede; reivindicó el poder temporal de la Santa Sede, y recordó que Italia debe á la Iglesia sus más puras y más brillantes glorias.

El clero italiano, aunque pobre como desposeído de sus bienes por la revolución, depositó á los pies del Padre Santo cien mil pesetas para el dinero de San Pedro.

Desde Roma se dirigen muchos miembros del episcopado y del clero, que han tomado parte en esta peregrinación, á Nápoles, donde se está celebrando un congreso católico que, si no tiene tanta importancia como el de los católicos alemanes y austriacos y el de los católicos franceses, no por esto deja de tenerla considerable.

Trátase en primer término de promover algunas obras católicas que no existen todavía en Italia y que dan grandes y hermosos resultados en Bélgica y en Francia.

Y en segundo lugar, de buscar los medios de que la prensa católica de Italia, que tiene escasa circulación, menos aún de la que tiene la de España, la logre considerable. El Papa ha recomendado eficazmente esta cuestión á los obispos, y no se perdonará medio alguno de complacer á la Santidad de León XIII.

¡Ojalá se logren grandes resultados!

D. ISERN.

## LA CRISIS



El mundo se mueve, el mundo marcha; pero su movimiento es convulsivo y su marcha circular.

Si hoy levantara la cabeza el eminente filósofo español que hace cuarenta años escribió estas ó parecidas frases, no tendría motivos para rectificar su afirmación, antes bien sobrárale para ratificarla.

El mundo moral, á que él se refería, sigue las leyes del mundo físico. Gira sobre su eje, como la tierra: este es el movimiento convulsivo.

Camina con rapidez vertiginosa; pero cuando cree haber adelantado muchas leguas, se encuentra con que ha vuelto al punto de partida: este es el movimiento circular.

Las ideas, las teorías, los sistemas, los errores, las preocupaciones, los sofismas, tienen fases distintas como la luna; y por eso se ofrecen á la vista de la humanidad, en sus movimientos de rotación y revolución, cual nuevos planetas, siendo así que sólo han cambiado de aspecto, según el punto de vista desde que los observamos.

*Nihil novum sub sole.* No hay nada nuevo, en efecto, ni en el orden físico ni en el orden moral.

Lo que aparece á nuestra imaginación, siempre ansiosa de novedades, como un hecho, un principio, una verdad ó un descubrimiento conquistado á la ciencia ó á la naturaleza, no es más, en último término, que una nueva forma, una combinación nueva ó una nueva aplicación de principios *viejos*.

En nuestra soberbia satánica, hacemos lo que el inventor de la tortilla, de que nos habla un fabulista español, sin considerar que el último patán del campo puede decírnoslo al oído, echando un jarro de agua sobre el hornillo de nuestras especulaciones científicas: «¡Gracias al que nos trajo las gallinas!..»

Pero, como yo no he de reformar la sociedad, ni me importa un pito de los que quieren erigirse en reformadores, dejo correr la bola (que bola es, y de primera magnitud), me río sin que nadie lo vea (excepto ustedes, queridos lectores, á quienes trato como de la familia), y, al ver desde mi humilde tugurio, la petulancia de este mundo sublunar, como le llamaba mi buen amigo Gonzalo Morón, me encojo de hombros y digo: «cada loco con su tema.»

Porque no le tengo (me refiero al tema) he empezado á garrapatear los precedentes párrafos en una tesis que no se acomoda al diapason de mi habitual estilo.

Si en lugar de tomar la trompa épica, hubiese tomado el caramillo de Títo, y en vez de trepar á las alturas con mi pata gotosa, me hubiera quedado en mi cuarto bajo, sentado á mi mesa, y desde aquí hubiera dicho: «no encuentro nada nuevo de que hablar á mis contetulos,» habría expresado con sencillez mi pensamiento.

Pero así somos los viejos, y no sólo los viejos, sino hasta los hombres. Cuando encontramos en nosotros una cualidad que nos enaltece á nuestros propios ojos, tenemos la presunción de considerarla como personalísima nuestra, como *subjetiva*; y cuando tropezamos con un defecto, aunque sea una verdadera joroba moral, se lo endosamos á la humanidad entera; entonces es una joroba *objetiva*.

Por lo demás, y no llevando las cosas hasta la exageración, puede decirse del mundo lo que D. Juan Nicasio Gallego decía de un libro sometido por el autor á su fallo literario: hay en él algo nuevo y algo bueno, pero ni lo nuevo es bueno ni lo bueno es nuevo.

Algo nuevo encuentro en el mundo de la política, que me daría asunto para llenar cinco ó seis columnas de esta revista; pero la política es fruta vedada para mí; mejor dicho, es fruta verde, que se resiste á mis dientes (dentro de poco no lo podré decir en plural).

Si no fuera por eso, escribiría un artículo bufo, que es el único género que se adapta al caso, para tratar de una crisis ministerial, por ejemplo, que es el asunto más socorrido de nuestro teatro político.

Y vuelvo á lo dicho; no es que el asunto sea nuevo; por el contrario, en España es el pan nuestro de cada día; sino que es el que más variedades ofrece en sus formas de manifestación.

Sucede en esto de las crisis ministeriales lo que sucede con las corridas de toros. Para la generalidad, para el vulgo de las gentes (á que pertenezco con mucha honra), la crisis es á modo de una corrida de ministros, en que unos mueren, otros salen para el corral, otros entran en el redondel, otros son chamuscados, otros resultan bueyes después de haberse anunciado en el cartel como toros de empuje, otros pierden la divisa de la ganadería al salir del toril, y todos acaban por recibir el *cachete* y ser arrastrados al patio de las clases pasivas.

Para ese mismo vulgo, la corrida de toros es una crisis de cornúpetos, en la que los bichos también entran y salen, presentan programas *retorcidos* y *puntiagudos*, tienen su escarapela de este ó aquel color, son mogones del asta derecha ó astillados de la izquierda, y todos acaban por el cachetero de la dimisión, cuando no descabellados.

Pero el público aficionado y conocedor de ambos espectáculos, no juzga como el vulgo ignorante, sino que siempre encuentra variedad y amenidad en cada nueva crisis de toros y en cada nueva corrida de ministros. Por eso acude con ansiedad á las funciones y discute con calor sus peripecias, que ofrecen siempre accidentes y emociones nuevas, siquiera sean idénticas en el fondo.

No puede negarse que de algo sirven y algo enseñan las crisis ministeriales, y en esto llevan una pequeña ventaja á las corridas de toros.

Sirven, en primer lugar, para lo que sirven los naipes: para facilitar el *juego de las instituciones*, que á veces suele ser un juego peligroso y de muchos azares. Hasta se dan casos de trampas y fulleras.

También sirven para que vayan turnando en el poder todos los españoles que sepan leer y escribir, y bajo este punto de vista no puede negarse que tienen alguna utilidad práctica; constituyen una nueva carrera, con la ventaja de que no exige exámenes, antigüalla que tanto repugna á los adelantos de la época.

He visto con satisfacción que el Sr. Ministro de Fomento ha dado una prueba más de su liberalismo político y de su liberalidad docente eliminando los exámenes anuales, en la reforma que acaba de hacer en la Facultad de Derecho. Bien, por ahí se empieza: un poco de valor y de constancia, y á ver si á la vuelta de pocos años logramos que se supriman los catedráticos, las clases y los libros de texto.

De aquí resultaría una economía considerable en los gastos de personal de instrucción pública. Y aun



podría obtenerse un aumento de ingresos duplicando el precio de las matrículas y creando para los alumnos un papel especial, que se expendiera en los estancos y se denominaría *papel de calificaciones*.

Es una idea que, á fuer de arbitrista desinteresado, someto generosamente al Gobierno.

El *papel de calificaciones* sería de cinco clases, correspondientes á otras tantas notas, á saber: *Reprobado, Aprobado, Bueno, Notable, Sobresaliente*. La primera se daría gratis; las otras cuatro tendrían un precio gradual, que se fijaría todos los años al formarse los presupuestos del Estado. Esta reforma simplificaría mucho la enseñanza y daría pingües beneficios al Tesoro.

Volvamos á las crisis ministeriales.

He dicho que sirven de algo, y añado que también enseñan algo.

Cuando menos, enseñan al más rudo que, cambiando de gabinete, no se cambia de casa; es decir, que si tienen ustedes una casa destartada y llena de goteras, tan mal estarán ustedes en la sala como en la alcoba ó en la cocina.

Otra cosa se aprende en las crisis de que voy hablando: que por muy malo que parezca un ministerio, siempre queda la esperanza de que le sustituya otro peor. Y cuando de esos laboratorios ha salido el peor de los ministerios, aun queda la probabilidad de que para la crisis próxima se obtenga uno pésimo, que haga bueno al dimisionario.

Yo no sé cómo se arreglan en esos países refractarios á las novedades políticas, para vivir años y años sin crisis ministeriales. Por fuerza su administración ha de ser un caos y su política un estanque sin ranas.

Si en España tenemos una administración y un sistema burocrático de lo peorito que puede desearse (dicho sea sin jactancia), á pesar de que cambiamos cada semestre de ministros á fin de que no gasten sus fuerzas los anteriores, ¿qué sucederá en esas otras naciones donde se mueren de viejos los gobernantes y, por consiguiente, no se renueva la savia que ha de nutrir el árbol de la pública prosperidad?

En fin, allá se las hayan con sus vicios crónicos y sus corruptelas tradicionales los pueblos estacionarios. Nosotros, que en política no tenemos nada que aprender, nos pasamos muy ricamente con nuestros toros y nuestras crisis.

Ahora se asoma á las rendijas de mi memoria el recuerdo de un artículo que escribí, hace muchos años, D. Modesto Lafuente, bajo el seudónimo de *Fray Gerundio*. Y quiero que este recuerdo no sólo se asome, sino que penetre por completo en mi aposento mnemotécnico, como comprobante de que las crisis ministeriales que disfrutamos con tan afortunada frecuencia, no son de ayer ni de la semana pasada, sino que arrancan de época remota, de la invasión, digámoslo así, del sistema parlamentario.

Por supuesto, no estoy conforme con el autor de la *Historia de España* en eso de ridiculizar una cosa tan seria como las crisis ministeriales; pero, con protesta de rechazar lo que pueda parecer poco respetuoso por parte del autor, voy á transcribir, fiado, como he dicho, en mi memoria poco firme, lo que pueda retener pertinente al caso.

Decía poco más ó menos el festivo escritor, como síntesis en verso de su artículo en prosa:

\* Crítica la semana ha sido á fe;  
En crisis el domingo amaneció,  
Crisis el almanaque el lunes dió,  
Y de crisis el martes también fué;  
El miércoles la crisis observé,  
Sol en crisis el jueves alumbró,  
En el viernes la crisis no cesó  
Y hoy sábado la crisis sigue en pie. »

Concluyo, por mi parte, amigos lectores, diciendo que no sé, ni me importa saber, si ha habido ayer, hay hoy ó habrá mañana crisis. Pero así y todo me alegraré (á fin de prolongar esta especie de *delectación morosa* que me produce la existencia de una crisis) que no se haya resuelto cuando llegue á poder de ustedes este número.

BLAS.

## EL ESTILO MODERNO

### III



Al llegar aquí se ocurre naturalmente una duda á todo el que investiga afanosamente el medio de dar originalidad y carácter propio á la arquitectura contemporánea.

¿Será por ventura (podría preguntarse) un nuevo estilo el que resulte de armonizar, si posible es, los elementos constitutivos de las épocas pasadas? ó más breve, ¿el *eclecticismo* es nuestro estilo propio?

A decir verdad, semejante teoría tiene muchos partidarios, mas en mi concepto sus afirmaciones, por razonables que parezcan, carecen de importancia. Más exacto parecería afirmar que no existe estilo alguno, que sentar como norma del presente lo que es negación de todos, porque después de cuanto va manifestado en los anteriores artículos, no hay para qué insistir en que la peregrina teoría de que las formas constituyen el estilo, es por completo inadmisibles por la crítica razonada y la almagama de lo esencial en las manifestaciones arquitectónicas pasadas, también queda probado que es absurda, sobre imposible.

Pero hay más: la misma práctica seguida de romper por completo los rigurosos límites de estilos determinados, es una novedad de nuestro tiempo hasta el jamás acometida, y por tanto, una revelación de nuestra originalidad, ó más bien un trasunto de nuestro especial criterio en artes, que tiene, como no puede menos, su base y fundamento. Fáltale, es cierto, miras y tendencias fijas; revela indudablemente ausencia de aquellos principios rigurosos que son como la osamenta de todo ser constituido; pero responde á ley determinada y fija que sirvió igualmente en otras épocas y que cuando se complementa por virtud de los elementos que aún faltan, producirá, á no dudarlo, la manifestación apetecida, importando por tanto al presente no poner obstáculos á su desarrollo con ideas equivocadas ni reglas arbitrarias.

Por eso, el asentar ya como estilo formado y propio el *eclecticismo*; el inclinar el ánimo de los que practican la arquitectura á esta tendencia, señalando como buenos modelos tales ó cuales edificios; el desechar otros; dar la preferencia á estas ó las otras formas, segun el asunto á que se apliquen, es ahogar en germen la iniciada regeneración de la más elevada de las nobles artes; á los partidarios de semejante escuela, únicamente inspirados en el estudio de la parte extrínseca de la arquitectura, es menester combatirlos sin descanso, desde el terreno propio de la práctica y con los poderosos é incontrastables medios que suministra *al que hace* la enseñanza que acopia en la obra.

Fácil es, ya que no exacto, forjar teorías, desde la indefinida cátedra del *buen gusto*; pero habérselas con las leyes fijas de la estética, luchar con los elementos que concurren á la obra arquitectónica, encerrarse dentro de los límites que la realidad impone, es una tarea para la que se necesitan más fuerzas, más estudios y más cavilaciones que para escribir discursos y dictar preceptos.

Además, que aun en la hipótesis, poco probable, de que semejantes reglas estuvieran fundadas en perfecta y fiel observación y deducidas del análisis de verdaderos y dignos modelos, aún queda por desentrañar á los imperitos lo que pudiera llamarse *la razón suficiente* de las composiciones acertadas, que por ningún concepto es producto de la casualidad ciega ó de la inspiración pasajera; pues qué, ¿podrá por ventura creerse ni aceptarse al presente que un edificio de felices proporciones no ha respondido en su trazado más que al *sentimiento* de su autor? De ningún modo. La teoría de las proporciones cae por su naturaleza misma dentro de la jurisdicción propia de la Geometría, y ésta tiene sus principios fijos y determinados, que en vano podrán realizarse por *adivinación*, ni mucho menos sustituirse por tanteo.

De aquí, que aun con tanto como se ha escrito acerca de lo que es bueno ó malo en arquitectura, ésta no manifiesta de una vez la unidad de sus propósitos en la uniformidad de sus producciones. Si todos los arquitectos contemporáneos pensáramos que es bueno y plausible el *eclecticismo*, si todos nos halláramos á salvo de toda responsabilidad artística amalgamando distintas formas, nuestros edificios revelarían esta unidad de concepto; todos, con su inmensa variedad de detalles, vendrían á una conformidad completa, en cuanto siempre presentarían almagama de estilos diferentes. ¿Mas sucede esto? Ciertamente no; porque á pesar de la misma libertad, casi anarquía, con que se procede, sería imposible elegir media docena de edificios modernos en los cuales pudiera señalarse tal tendencia.

En ninguno podría resueltamente asegurarse que campeaban con deliberado intento junto á las tracerías del arte morisco, la sencillez armoniosa del gusto helénico y el vigoroso aliento de las composiciones góticas; por el contrario, si alguna tendencia puede observarse, es precisamente la contraria. Cada artista procura más bien acomodarse á uno ú otro estilo con el que más ó menos se conforma su criterio particular, sus estudios, su aptitud y aun su costumbre de ver y sentir la belleza en arquitectura; y si en estos mismos estilos que adopta desaparecen ciertos detalles ó introduce alguno extraño á ellos, no es afán de alterarlos ni propósito de innovarlos,

sino más bien porque la naturaleza de las cosas al presente le exigen aquel sacrificio ó le imponen esta adición.

Véase, pues, con qué escasa razón se dice que el estilo moderno en arquitectura es el *eclecticismo*; y no vale asegurar, y es cierto, que siempre se advierten como recuerdos, como reminiscencias de pasados estilos en el presente, porque además de que los hombres de este tiempo vivimos más de recuerdos que de esperanzas, y por tanto esa es una revelación más de nuestro modo de ser, semejante afirmación puede hacerse de todos los demás estilos, sin que haya uno á quien pueda atribuirse el honor de una originalidad absoluta. Por tanto, los elementos que de pasadas épocas aporte la arquitectura contemporánea á sus obras, si fielmente razona su empleo y éste es adecuado y propio, no son otra cosa que aquel caudal legítimamente adquirido en que los hijos entran en posesión á la muerte de sus padres, que para eso con afán y trabajo le juntaron.

Lo que hay es que nuestra época, con su especial criterio y su amplitud de miras, lo admite todo, todo lo acepta, nada rechaza, y tan falta de fijeza como sobrada de independencia, sostiene poco en su pedestal los ídolos que eleva y á los que rinde pasajero culto. Por eso en arquitectura, como en todo, se suceden rápidamente efímeros ideales, que dejando cada uno rastros de su influencia, bien que escasos, se manifiestan y dejan conocer en el conjunto; pero esa misma circunstancia permite á cada cual dar su preferencia al que estima más de su gusto y resulta la verdadera anarquía á que asistimos, reflejo fiel de la que domina todos los espíritus.

Tenemos, pues, un estilo, y uno de sus caracteres es la independencia más absoluta en la adopción de formas, ya propias, ya aportadas por otros estilos, ya corregidas de estos mismos.

JUAN BAUTISTA LÁZARO.

(Se continuará.)

## LOS GRABADOS

### TRAJINERO CATALÁN.

Las nuevas vías de comunicación, y sobre todo los ferrocarriles, van acabando, si no han acabado ya con este tipo nacional, que representaba en los pasados tiempos el activo comercio del Principado.

El trajinero catalán era un personaje parecido al arriero castellano, pero su género de comercio solía ser distinto, por dedicarse á las telas y paños, y su carácter más enérgico y aventurero, como que á veces se daba la mano con el contrabandista.

De su traje y modo de viajar da perfecta idea el grabado; y en cuanto á la historia, digámoslo así, del personaje, es preciso buscarla en los más remotos orígenes del país, acaso en los comerciantes griegos y fenicios que poblaron de factorías las costas orientales de España.

Cataluña es, como territorio, por lo general poco fértil, y la industria fabril ha sido una necesidad económica, robustecida con el carácter laborioso de sus hijos, los más infatigables de España. Por eso el trajinero representaba en los pasados tiempos la industria y la riqueza del Principado.

### PAISAJE DE OTOÑO

Cuadro de Masriera.

Es obra notable de un artista contemporáneo y admirablemente grabado por otro artista español.

Fué premiado este cuadro en una Exposición nacional, y con justo título, pues en medio de su sencilla composición, ofrece caracteres sobresalientes.

En él está sorprendido ese indefinible encanto que los prados y los bosques ofrecen, y trasladado al lienzo por virtud del misterioso é inexplicable poder del genio, que sabe elevarse de lo puramente terreno y material á las siempre fecundas regiones del idealismo. Aquella dulcísima y delicada vaguedad en los términos, aquellas suaves ondulaciones del agua, aquellos árboles con tanta verdad y con tanta poesía, agrupados, aquellas aves acuáticas que, estando solas, parecen como que pueblan todo el paisaje, tienen tal encanto, producen tan dulce impresión en el que los contempla, que se siente identificado su espíritu con el del artista, y no acierta á separarse del lienzo, como no acertaría á separarse del delicioso paisaje en él reproducido. Mirando este cuadro vienen á la memoria aquellos versos de Selgas, que su muerte dejó incompletos:

Cuelgan en forma varios  
En las ramas sombrías  
Los nidos solitarios,  
Como cunas vacías,  
Llenas de amor en los pasados días.  
La luz se desvanece  
Sobre el paisaje ameno,  
Y á mis ojos lo ofrece  
Bajo el cielo sereno  
De antiguas dichas y recuerdos lleno.

### ALEGORÍA DEL MES DE OCTUBRE.

Saltan de tal modo á la vista estas alegorías, en que el dibujante ha sabido representar el mes de Octubre, que nos creemos excusados de añadir aquí ninguna otra explicación, que pueda ocupar el espacio que necesitamos para materias de mayor importancia.



SAN LORENZO.

Pintura de Luqueto en el coro del Escorial.

Haciendo juego con el San Jerónimo que publicamos en el número anterior, mirase en el coro del Escorial la imagen de San Lorenzo, debida al mismo pincel de Luqueto. Los pintores consideran esta pintura como la mejor de Luqueto. En efecto, por el dibujo y la buena composición puede servir para honrar á su autor, acusado de pretencioso y ligero en sus obras.

Rectificación.—En el epigrafe del grabado de San Jerónimo del número anterior se puso *Lequeto* por *Luqueto*. Fue una errata de imprenta, como podía verse en la *explicación* del grabado.

## COSTUMBRES FILOSÓFICAS

A MI APRECIABLE PÁRROCO Y DISTINGUIDO AMIGO

D. M. M. G.

I



El amor á la verdad, pero el amor desinteresado, es lo que significa la palabra filosofía.

El que para pensar, para averiguar las causas de las cosas por medio del raciocinio, no sea imparcial cual debe serlo, haciendo abstracción de las personas y de las sectas cuando su juicio emite, no merece el nombre de filósofo. Si buscamos el porqué de cuanto existe, si nos metemos en el laberinto de cuestiones que la filosofía trata, seamos independientes para juzgar sin recibir influjos de nadie, pongámonos al abrigo de toda parcialidad, de toda pasión que quiera torcernos hacia el lado opuesto á lo justo, á lo verdadero.

Así debiera ser la filosofía, mas como todas las cosas del mundo, lleva impreso el sello de lo humano. Del mismo modo que en política se gobiernan los hombres por partidos y en Religión por sectas, así también se rigen en filosofía por banderas, digámoslo así, enarboladas por algún eminente genio ó por algún innovador atrevido, cuyos pasos fielmente siguen y á cuya autoridad se acogen todos los filósofos contemporáneos ó posteriores que por casualidad han visto ó estudiado el sistema de ese partido antes que el de otro.

Y este espíritu de secta, que parece debiera estar desterrado de la filosofía, pues no deja de ser impropio de hombres pensadores y que á sí mismos se dicen independientes, domina en ella, no obstante, con un ardor, con una vehemencia igual, ó acaso mayor si cabe, que en los mismos partidos políticos. Hay también partidos filosóficos, partidos con sus indispensables jefes y con soldados tan apasionados y sumisos, que ciegamente siguen á sus afortunados preceptores, alabando hasta los menores actos y pensamientos que de ellos procedan, y vituperando también toda doctrina que á la suya se oponga, ó que sin oponerse venga de filósofos que no sienten como ellos.

Al hacer las precedentes afirmaciones, no soy, como á primera vista parece, exagerador ni mucho menos; el criterio de filosofía que aconseja preferir las razones á las autoridades, se ve hoy despreciado por los pensadores de la época. El que desde sus primeros años estudió en un libro *tomista*, después solamente al tomismo atiende, rechazando toda opinión contraria á Santo Tomás, alaba todo lo que del célebre Santo procede, y permanece ya toda su vida en la opinión que una vez adquiriera. De igual manera, si el primer libro de texto que cayó en sus manos, defendía á Descartes por ejemplo, á Descartes seguirá defendiendo siempre con todas sus fuerzas, y aplaudirá donde quiera los pensamientos de este gran filósofo de los primeros tiempos modernos.

Lo que hacen los preceptores y ayos de la infancia con respecto á la moral, lo mismo hacen los maestros que dirigen las primeras cátedras de filosofía con respecto al saber humano. Los primeros nos enseñan el *modo de obrar*, gobiernan y forman nuestro corazón dándole el rumbo que ha de seguir durante la vida é inclinándole á determinados hábitos buenos ó malos, virtuosos ó viciosos. Los segundos nos enseñan el *modo de pensar*, dirigen nuestra inteligencia señalándole asimismo un determinado sendero, que no es sino un sistema filosófico cualquiera conforme con las ideas del profesor, y que igualmente se adapta poco á poco á la tierna inteligencia del discípulo. Una vez encauzado, digamos así, el entendimiento, pocas veces logra sustraerse á la dominación que le impusieron sus ideas; pocos, muy pocos son los que después de subyugados por una secta filosófica recobran su natural independencia para juzgar sin preocupación de ningún género, lo lógico ó lo absurdo, lo verdadero ó lo falso de sus opiniones.

Pero dejemos ya esto y demos aquí fin á este semiprólogo.

II

En uno de los pocos conventos, que gracias á la piedad, algún tanto sarcástica, de los Gobiernos que rigen y han regido nuestros destinos, se conserva en pie todavía en España sirviendo de asilo á una comunidad de religiosos, estaban una tarde en el salón que servía de biblioteca al convento, dos frailes jóvenes, ardientes y apasionados filósofos, y por tanto amigos de discutir con el mismo lucero del alba, cuanto más con cualquier sofista antiguo ó moderno que se les presentara delante atreviéndose á sostener ideas contrarias á las que ellos defendían.

Por fortuna ó por desgracia no necesitaban buscar á nadie para discutir; los dos, aunque conformes en muchos puntos capitales de la sana filosofía, disentan en muchísimas otras cuestiones secundarias. El uno era acérrimo defensor de la filosofía de Santo Tomás; el otro combatía la doctrina tomística.

En el momento en que les encontramos, se hallaban silenciosos, leyendo cada cual en sus libros favoritos. No duró mucho el silencio, pues ambos, que deseaban á toda costa discutir, estaban interesados en que la lectura no se prolongase.

— ¿Qué le parece á usted, Sr. C., dijo al fin uno de ellos. El mundo ¿pudo haber sido criado desde la eternidad?

— De ninguna manera.

— Pues cabalmente, replicó fray T., estoy leyendo ahora mismo en este libro que sostiene la tesis contraria.

— ¿Y usted lo cree? preguntó fray C.

— Estoy convencido de ello.

— Pues está usted, señor mío, en un error. Yo creo un disparate lo que usted sostiene.

— Para discutir conmigo, Sr. C., dijo fray T. un poco picado, ha de combatirme con razones, no con denuestos. Y advierta usted de paso que Santo Tomás defiende ese *disparate* como usted le llama.

— Dispense usted, Sr. T., si la palabra le ha parecido un poco desatenta. Por lo que á Santo Tomás toca, creo yo que no tiene tanta importancia como usted supone que el glorioso Santo se halle al lado de ustedes en la cuestión que nos ocupa. Yo venero á Santo Tomás cual debo hacerlo con un santo tan grande y un tan eminente sabio. Mas á pesar de eso no le considero infalible al defender la cuestión que usted me propone. Para mí, Santo Tomás es un filósofo eminente, mas no el único filósofo, es una autoridad muy competente en materias filosófico-teológicas, mas no en tanto grado que anteponga yo siempre lo que él me dice á lo que mi razón juzga verdadero.

— Será lo que usted quiera, mas ya le he dicho á usted que yo deseaba mejor oponer pruebas á pruebas, que palabras á palabras y autoridades á autoridades. No crea usted tampoco que yo pretendo escudarme con Santo Tomás de tal manera que no conteste á lo que usted me oponga.

— Vamos pues al grano, compañero. Aparte de que supongo convendrá usted conmigo en que la creación ha sido de hecho en el tiempo.

— Soy católico y basta para convenir y creer en eso. Pero aquí se trata únicamente de la *mera posibilidad*.

— Pues bien, Sr. T. La creación ¿no es *actuatio rei ex nihilo sui et subjecti*? O lo que es lo mismo; crear ¿no es sacar de la nada? Luego si esto es así, irremisiblemente debemos concluir que toda cosa criada fué *nada* en época anterior á su creación, y que, por lo mismo, lo criado no puede ser eterno, porque lo eterno siempre ha sido y lo criado antes de ser fué *nada*. Y á la verdad, ¿no comprende usted que el mundo si fuese ó si pudiese ser eterno no tendría principio ni sería criado tampoco?

— No señor. Está muy lejos de ser así. Desde la eternidad ¿no fué Dios Omnipotente para criar al mundo? Y éste, ¿cree usted que no ha sido siempre internamente posible? Luego... deduzca usted la consecuencia.

— La deduzco y muy bien formada. Dios es Omnipotente, pero su omnipotencia no alcanza á hacer lo *absurdo*, lo que no puede ser hecho. El mundo es verdad, siempre ha sido internamente posible para ser criado, pero desde el momento en que recibiese la acción divina, por muy remoto que éste se concibiera, ¿no podría contarse una eternidad anterior...? Sí, señor: el mundo siempre ha sido po-

sible, mas lo ha sido con *principio de existencia* por su parte. Porque, créame usted, la creación y la eternidad se repelen, creación eterna es como si dijéramos círculo cuadrado.

— Eso de ningún modo, Sr. C. La repugnancia que usted supone no existe. La causa, es verdad, siempre es antes que el efecto, pero aun en la creación misma hay algunas que no existen antes que sus efectos, siendo tan sólo anteriores en origen ó en naturaleza. Porque, dígame usted: el sol ¿no es causa de la luz y del calor que de él dimana? Y sin embargo, ¿quién dirá que el sol es antes en tiempo que la luz y el calor, sus efectos? Si Dios, Sr. C., fuese un principio necesario, si obrase necesariamente como el fuego, que donde quiera que se halle por virtud de su naturaleza quema, y si otra propiedad como se supone fuese inherente á Dios *ab eterno* ¿no hubiera criado el mundo *ab eterno* también? ¿No habría hecho Dios todo lo que ha hecho desde que es Dios, y por consiguiente desde la eternidad? Afirmar lo contrario sería limitar el poder divino, suponiendo que siendo causa libre no puede hacer lo que haría si fuese causa necesaria.

— Ya he dicho que Dios no puede hacer nunca lo absurdo. Así, que ni obrando libre ni necesariamente pudo criar *ab eterno*. Creación eterna, imposible, lo repito. Y respecto al ejemplo que usted me ha puesto, no tengo inconveniente en decirle que si la creación en Dios es como la producción de la luz y del calor en el sol, entonces, ciertamente que el mundo pudo ser tan antiguo como Dios mismo; pero esto sería defender alguna de las emanaciones panteísticas, la inmanente ó la transeunte, la que usted quiera escoger. Porque el sol no *crea* el calor ni la luz, solamente los produce. Estos agentes imponderables son, como usted sabe y según los descubrimientos de las ciencias modernas, modificaciones de la materia etérea que los cuerpos luminosos y caloríficos como el sol hacen vibrar, causando esas vibraciones en nuestro organismo diversos efectos, que á la luz unos y al calor otros corresponden.

— Poco á poco con el *panteísmo*, Sr. C. En el caso que yo supongo, el mundo no saldría de la sustancia divina como emanado de ella, saldría como ha salido en el tiempo, sin otra diferencia que haber sido desde la eternidad. Por lo demás, respecto á lo que usted me dice del sol y de la luz, yo le advierto que con ese símil no quería yo expresar el modo con que Dios crea, cosa que para todos nosotros es un misterio impenetrable, quería únicamente darle una idea de cómo el mundo pudo ser criado sin ser por eso posterior á Dios en tiempo. Porque ha de advertir usted, amigo mío, que la creación es *actuatio ex nihilo*, no *post nihilum*, es decir, que lo criado no sale de la sustancia divina, sale de la nada, mas no es necesario que salga después de haber sido nada, esto es, con principio de existir.

— ¿Y cómo me explica usted en ese caso la idea que acaba de expresarme? Yo creo siempre que es inexplicable porque es imposible. ¿De qué modo voy á concebir yo que una cosa que sale de la nada, jamás ha sido nada? ¿Cómo es posible explicar que haya verdadera creación donde no ha habido principio de existencia?

— Difícil es en verdad concebirlo, pero creo haberlo explicado suficientemente. Suponga usted, como ya le he dicho, á Dios causa primera, cual el fuego obrando necesariamente por su naturaleza, ¿no tendríamos entonces la creación desde la eternidad? Aquí la dificultad está, amigo mío, en que el modo, la esencia, el *en qué consiste*, si así puedo expresarme, la creación, se escapa á nuestro pobre conocimiento.

— Sea, compañero. Aunque yo le concediese á usted el ningún peso del argumento que yo acabo de proponerle y que tengo por inexpugnable, todavía al meterse usted en la posible creación eterna tropieza con una dificultad grandísima: la cuestión de las infinitas sucesiones que habrían de darse desde la eternidad hasta el presente. En primer lugar, el número infinito repugna intrínsecamente. El número se aumenta ó se disminuye, se suma ó se resta, se multiplica ó se divide, y con lo infinito no puede darse ninguna de estas cosas.

— Ha incurrido usted en una equivocación sin duda. El número infinito no repugna, como usted dice. Analicemos los términos de la cuestión y verá usted como podemos formarnos una idea del número infinito. Número es un conjunto de seres, ó de unidades mejor dicho; infinito es lo que carece de límites. Ahora bien; ¿hay alguna repugnancia entre estas dos ideas? ¿No podemos concebir un número, una colección de unidades que carezca de límites? Yo creo que este es perfectamente concebible. Y en

1 Con las iniciales C. y T. designaremos á nuestros contrincantes en este corto artículo.

2 Si no estas palabras, otras muy parecidas, decía el Sr. Menéndez Pelayo en su *Contestación á un filósofo tomista*, publicada no ha mucho en *El Siglo Futuro* y otros periódicos.

1 Vide Rothenflue (Cosmología, cap. De Verâ Mundi Origine.)

2 Véase Balmes (*Filosofía fundamental*).





PAISAJE DE OTOÑO  
(Cuadro de Masiera).





ALEGORÍA DEL MES DE OCTUBRE.

Ayuntamiento de Madrid



cuanto al aumento y disminución de que usted nos habla, esto sucede con un número finito cualquiera y determinado, pero no con el número infinito, porque ¿no ve usted que al unir la idea de infinito a la idea de número negamos al número infinito la propiedad de aumentarse o disminuirse como los demás números determinados? Y en efecto, el número infinito, si existiese, estaría multiplicado por todos los valores posibles y no podría procederse a nueva operación con él por lo mismo que era infinito.

— Sr. T., se ha explicado usted perfectamente; pero está muy lejos todavía de ponerme nada en claro. Supongamos un número infinito como usted quiere concebirle: si le quitamos una unidad, el número resultante ¿será finito o infinito? Si es finito ¿le parece a usted probable que un número finito añadiéndole una unidad se convierta en infinito? Y si es infinito ¿podrán darse dos números infinitos, de los cuales el uno tenga una unidad menos que el otro? Convengamos en que es un poco brusco el tránsito de lo finito a lo infinito, es, no sólo brusco, como he dicho, es imposible; absurdo.

Pero volvamos a nuestro asunto. En la hipótesis de la creación *ab aeterno*, el número de sucesiones transcurridas hasta ayer ¿no sería menor indudablemente que el de las transcurridas hasta hoy, y hasta mañana, y hasta un año, y hasta ciento, y hasta mil? Pues bien; ¿qué clase de infinito sería ese que siempre estaba aumentándose? Y otra cosa, ¿de qué modo concibe usted que las sucesiones pasadas hayan podido llegar hasta hoy salvando la infinita distancia que desde ahora hay remontándonos hasta la eternidad anterior del ser increado?

— Lo que usted ha dicho, Sr. C., puede explicarse de un modo bastante satisfactorio, aparte de algo cuya resolución no está al alcance de nuestro pobre entendimiento. Parece repugnante en verdad un infinito que continuamente se esté aumentando, pero no lo es si se atiende a que el infinito puede considerarse de dos maneras, de un modo absoluto y de un modo relativo. En nuestra suposición, el número absolutamente infinito sería aquel que comprendiese todas las sucesiones, todas las cosas, todas las unidades posibles, sin que pudiera aumentarse, en lo que a las sucesiones toca, ni *à parte ante*, ni *à parte post*. Y ya comprenderá usted, amigo mío, que aquí entran bastantes palabras en juego. Excuso entretenerme en explicar la serie infinita y el número absolutamente infinito. Si representásemos la primera geoméricamente por una línea recta, tendríamos que la serie o la línea, que es lo mismo, sería absolutamente infinita si por ambos lados se prolongase hasta lo infinito, mas sería infinita relativamente si por un lado estuviese prolongado y por otro no. Pues bien. Hé aquí representada en nuestra hipótesis la cadena de sucesos desde la eternidad hasta ahora. Y hé aquí también el fácil modo de concebir de qué manera una cadena de sucesiones infinita de *parte antea* vaya aumentándose y siga su curso indefinidamente.

— Usted ha querido explicarme la cuestión, y después de no haberlo hecho sino a medias, esto ha servido sólo para involucrarla más. En esa carrera de tiempo posible transcurrido hasta ahora, que según usted es infinita y que yo creo más bien debiera haberla llamado indefinida *à parte antea*, porque yo, a pesar de cuanto usted diga no puedo figurarme un infinito que se aumente, en esa cadena, digo, hay sucesiones unas mayores que otras. Habrá por ejemplo, meses, años y días. Ahora bien; ¿cuál número será infinito? ¿El de días? Pero entonces, ¿cómo días infinitos pueden formar meses y años finitos? ¿Serán infinitos los tres números? Mas si así sucede, ¿cómo se da un número infinito (el de meses) menor que otro infinito (el de días), y mayor que otro (el de años), también infinito? Imagínese usted cualquier otra suposición en este caso, y verá como es igualmente absurda.

— Si suponemos absurdo lo que no podemos comprender, convengamos, Sr. C., en que la vida está llena de absurdos. En primer lugar, hallo yo muy exacta la palabra infinito que he empleado, pues lo indefinido, o sea aquello cuyos límites nunca se tocan, no existe realmente. O una cosa tiene límites o no, no existe medio alguno; de consiguiente o es infinito o finito. En cuanto a los días y los meses de que usted me habla, oiga usted explicar a nuestro célebre Balmes un ejemplo análogo<sup>1</sup>. «Tomemos, dice, una línea y midámosla por pies. Prolongando esta línea se multiplicará el número de pies, y en general podemos concebir negado el límite a dicha multiplicación. Entonces el número de pies resultará infinito. Considerando luego que el pie tiene doce pulgadas, si en vez de tomar por unidad el pie tomamos la pulgada, el resultado será un nú-

mero doce veces mayor; hé aquí dos números infinitos: mayor es el uno que el otro. ¿Hay en esto alguna contradicción? No por cierto; lo que hay es una diferente combinación de ideas. En el primer caso, la idea de negación de límite estaba subordinada a una condición: la división de la línea en pies; en el segundo, introducimos una condición diferente: la división de la línea en pulgadas.»

— La explicación del ilustre y malogrado Balmes no me satisface. «Tenemos, dice, dos números infinitos doce veces mayor el uno que el otro.» Pero ¿no habíamos convenido antes, según usted ha dicho, en que el número infinito no podía ser multiplicado por ningún otro? Pues ¿cómo el uno es *doce veces mayor*?

— Pero supongamos, señor mío, que no hay posible nada de la creación eterna, por las dificultades del número infinito que usted me ha propuesto. Mire usted únicamente a la eternidad de Dios; ¿no puede darse un tiempo *posible*, infinito, coexistente, a esa eternidad sin principio ni fin? Pues todas las dificultades que usted me ha presentado renacen igualmente en el tiempo posible coexistente a la eternidad de Dios. Allí también habrá días, meses años...

— Acabemos, dijo fray C. resueltamente. Yo niego eso lo mismo que he negado lo demás, y ni usted ni yo lograremos convencernos nunca por muchas mutuas razones.

Acabó en efecto la discusión y ambos personajes se marcharon adonde les llamaba la campana de aviso, cuyos agudos ecos por todo el convento resonaban convocando a la comunidad.

### III

Dicen comunmente que para muestra basta un botón, mas yo, aun a riesgo de desagradar a mis lectores, que supongo habrán quedado ya bastante fastidiados con la discusión que antecede, voy a presentarles otra, rogándoles tan sólo pasen por alto este parralillo si su lectura les hastiase.

Reunámonos segunda vez con nuestros frailes y presenciemos otra de sus entrevistas.

— En la sesión de ayer, decía fray T., no llegamos a ponernos de acuerdo. Espero no sucederá hoy lo mismo. Si a usted le parece bien, Sr. C., trataremos del argumento con que se pretende demostrar la existencia de Dios *à priori* o *à simultáneo*, como quieran llamarlo. ¿Admite usted el citado argumento?

— Sí, señor, lo admito y lo considero como uno de los más fuertes en contra del ateísmo.

— Pues yo no sigo el parecer de usted en esta cuestión, sigo el de Santo Tomás, Suárez y otros no menos insignes filósofos y teólogos. Porque al pretender dar ese paso tan brusco de la idea a la realidad, de lo subjetivo a lo objetivo, no está justificado por razón alguna de fundamento.

El paso de que usted habla está justificado hasta la evidencia con pruebas irrefutables. Analicemos la cuestión y quedará usted convencido de ello.

El argumento tiene tres fases, digámoslo así: la primera es de San Anselmo, la segunda de Descartes y la tercera de Leibnitz. Hé aquí ahora el argumento que San Anselmo explica en su Proslogio:

(*Ergo Domine...* etc.) Tenemos idea del Ser más perfecto que se puede imaginar. Ahora bien; un ente intelectual sin realidad ninguna objetiva no puede ser el término, el objeto de esta idea, porque el tal ente no sería el más perfecto de todos cual nosotros le concebimos, no contendría en sí todas las perfecciones careciendo de la existencia. Luego a esta idea del Ser perfectísimo, por necesidad debe corresponder un objeto real, existente. Luego existe Dios. Es decir, que en el ente realísimo está de tal modo vinculada la existencia con las demás perfecciones, que para poder nosotros formarnos su idea, necesariamente ha de existir, pues de lo contrario nos sería imposible imaginar un ser que tuviese todas las perfecciones careciendo de la existencia, perfección máxima. En una palabra: del mismo modo que no podemos concebir un círculo sin ser redondo<sup>2</sup>, así tampoco podemos pensar un ente necesario, un ente *à se*, un ente realísimo sin existir, porque la existencia le es al ente perfectísimo tan esencial como la redondez al círculo.

— Lo que usted acaba de exponerme, Sr. C., es demasiado ideal y demasiado ilusorio su fundamento. Me pasa usted ahí del orden lógico al orden real, sin que a mí parecer haya razón para ello. Dice usted, tenemos idea de un Ser, el más perfecto que se puede imaginar. Pero este Ser no sería tal si no existiese... luego... ¿Le parece a usted que el argumento es concluyente? De ninguna manera, señor

mío. Al formarnos esa idea de que usted habla, no percibe el alma inmediatamente el objeto de ella, le es imposible contemplar cara a cara (*immediate*) al ente Supremo; luego el objeto de esta idea es meramente ideal; luego le agregamos la existencia por haberla percibido nuestro entendimiento en los demás seres distinguiéndola de la posibilidad, del mismo modo, por ejemplo, que a la idea de oro añadimos la idea de montaña, para forjarnos en nuestra mente una montaña de oro; luego la existencia real de Dios no es necesaria para formarnos su idea; luego el citado argumento no concluye nada.

Esto respecto a San Anselmo. De Descartes no diré nada porque su argumento, que viene a ser el mismo anterior, no le añade más que una nueva forma, forma que le dió derecho sin duda a considerarse como inventor del desdichado argumento, cuando no fué otra cosa que un plagio. Sí, señor, Descartes fué un plagio, y su expositor en este raciocinio, Leibnitz, no hizo ninguna cosa de provecho tampoco, exponiéndonos otra nueva forma del argumento precitado.

Lo repito; el paso de la idea a la realidad no puede darse fundadamente, este conato tan sólo sirve para favorecer el panteísmo de Hegel y el idealismo de muchos otros filosofastros modernos.

— No se asuste usted por eso, amigo mío, ni responda a mis razones con insultos a Descartes, cosa que a pesar de hallarse fuera de la cuestión, usted y los demás tomistas hacen frecuentemente, como si el desahogar la bilis contra los filósofos del Renacimiento fuese algún honor para Santo Tomás. Descartes fué católico<sup>1</sup>, podría errar en muchas cosas, pero en esta no erró. Y si de su filosofía sacó Espinosa su panteísmo, y de su método han sacado otros el racionalismo o el escepticismo; eso nada prueba contra él. Porque el abuso no desautoriza el uso.

Por lo demás, hé aquí su argumento. Debemos afirmar de una cosa lo que clara y distintamente nos dice su idea que la cosa tiene; pues ¿por qué no hemos de afirmar en Dios la existencia, si en su idea claramente la percibimos como esencial?

Si no le satisface a usted esta forma del argumento, vea usted otra. Tenemos idea del Ser infinito de Dios. Pero si Dios no existiese no podríamos haber adquirido esa idea: luego Dios existe.

Este argumento es fuerte, fuertísimo. Si Augusto Nicolás le emplea para demostrar la existencia del alma, ¿con cuánta más razón podemos emplearle nosotros para probar la existencia de Dios? ¡Ah! El espíritu no lo vemos, no lo oímos, no lo tocamos, el espíritu no lo percibimos por los sentidos, que solamente nos comunican ideas de materia; pues si el espíritu, si el alma no existe, ¿quién hubiera podido, dice el autor de los *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, quién hubiera podido comunicarnos la idea de alma? ¿Cómo se hubiera introducido esa idea en el mundo si careciese de realidad...? Este argumento no tendría réplica añade, aun cuando la idea de alma no se encontrase más que en la cabeza de un filósofo, porque la imposibilidad de habérsela éste forjado sería la misma; pero ¿cuánta consistencia no toma cuando se nota que todos los hombres, en todos los lugares... llevan en sí esta misma idea distinta y positiva...? Todo esto, Sr. T., puede aplicarse con mucha más razón al Ser Supremo, pues aun así es mucho mayor la dificultad de adquirir la idea de Dios, si Dios no existe, que de adquirir la idea del alma. Y aquella, lo mismo que ésta, todos los hombres la tienen, en todos los países se halla, todas las lenguas tienen palabras y signos conocidos para expresarla. ¿Habremos llegado al conocimiento de esta idea por las ideas de lo finito? Imposible. ¿Se la habrá forjado el alma? ¿la habrá abstraído de las ideas de lo existente? Más imposible todavía. No tiene solución la cosa; o Dios existe, o no tenemos idea de Dios. Y en cuanto a la idea de Dios, ¿quién hay que no la tenga? El ateo, si no lo tuviese, ¿en qué fundaba su negación? Luego Dios existe; luego el argumento es concluyente; luego el paso de lo ideal a lo real está bastante justificado.

Y no me diga usted que esto conduce al panteísmo o al idealismo, pues yo creo todo lo contrario. Si en esto en que se ve esencial y necesariamente relacionada la idea con la realidad niegan ustedes el tránsito de una a otra, ¿no podría un escéptico idealista creerse con derecho a negarles las objetivas a las demás ideas subjetivas, que ciertamente no están tan relacionadas con su objeto como la anterior? Y aunque esta manera de discurrir sería absurda, vea

<sup>1</sup> El P. Ceferino González, en su *Historia de la Filosofía*, peca de parcialidad en esta materia. Últimamente, en el discurso pronunciado en la Academia de Ciencias morales y políticas, manifiesta bien claro su acérrimo tomismo y su aversión a la filosofía cartesiana.

<sup>2</sup> Estudios filosóficos (lib. I, cap. I).

<sup>1</sup> *Filosofía fundamental*, lib. 8.º, cap. IX.

<sup>1</sup> Véase Rotenflue (*Theodicea*).



sted, amigo mío, cómo de su sistema pueden nacer también idealistas.

Pero oiga usted, por último, el argumento de Leibnitz.

Dios es posible; pero si no existiese no sería posible. Luego existe.

Y en efecto; ¿concibe usted por un momento que no existiendo Dios sería posible? «Si decimos Dios es posible», dice el vizconde de Bonald, es preciso añadir en seguida. Luego existe, porque si no existiese actualmente no sería posible que existiese jamás, puesto que ningún otro ser, ninguna otra causa, ni en él ni fuera de él, podría hacerle pasar de la existencia posible a la existencia actual; y si Dios no existe actualmente es imposible que exista, y jamás se podrá pensar ni decir: Dios es posible. Es preciso, pues, sostener la imposibilidad de la existencia divina para negar la actualidad de esa existencia.<sup>1</sup>

Es decir, que para afirmar que Dios no existe es necesario afirmar también que Dios es imposible: luego las pruebas que nos convenzan de la posibilidad del ente necesario, nos convencerán asimismo de su existencia. Ahora bien, ¿quién es bastante atrevido para afirmar que Dios es imposible? ¿Cuál es la repugnancia intrínseca o extrínseca que su idea envuelve?

—No hay repugnancia alguna, es verdad, Sr. C., en las notas constitutivas del ente realísimo, y por tanto no vacilo en afirmar, como usted dice, que Dios es posible, porque *de facto ad pōne valet illatio*, pero no veo en el argumento de Leibnitz la fuerza que usted le atribuye. En primer lugar, si confunde usted la posibilidad con la existencia, peca su argumentación de viciosa, porque el antecedente es el mismo que el consiguiente. Pero dejando todo esto a un lado, veamos a qué conduce el citado silogismo.

Yo no niego, ni mucho menos, que si Dios no existiese ahora, no existiría nunca, porque un Ser infinito, eterno, sin principio ni fin, no podía empezar a ser no habiendo sido desde la eternidad infinito y necesario. Mas respecto a lo otro creo me entenderá usted mejor con un ejemplo.

Del mismo modo que usted dice, Dios es posible, luego existe porque de no ser así no sería posible, podíamos decir también: Posible es que el mundo se concluya hoy. Pero si no se concluye ya no es posible, puesto que si dura hasta mañana sería un absurdo que hoy se hubiese concluido. Luego el mundo se concluye hoy. ¿Qué le parece a usted el raciocinio? Original sería en verdad. Pues lo mismo es el que acaba de exponerme. Para que ustedes fundamentaran bien su argumento, deberían decir en la mayor — si Dios existe es posible — y en este caso considere usted la fuerza que tendría el consiguiente. Y en efecto, ninguna tiene pues al decir: Dios es posible; suponen ustedes la existencia de Dios y eso es precisamente lo que van a probar.

Pero volvamos a los argumentos...

Aquí fué interrumpido fray T. con la llegada del prior de la comunidad. Callaron los frailes y el prior tomó la palabra.

## IV

—Ayer y hoy, les dije, he oído las discusiones que ustedes han entablado con tanto acaloramiento, y he visto los esfuerzos que ustedes hacen por defender cada uno su partido, esfuerzos nacidos de la pasión, y no del deseo de encontrar la verdad. Son ustedes sectarios y nada más que sectarios. Por eso jamás hubiera llegado a convencerse ninguno de los dos de que el sistema opuesto era el verdadero. Y porque hoy estaban ustedes en un terreno bastante escabroso, puesto que de la idea de Dios parten casi todos los sistemas filosóficos del día, les he interrumpido a ustedes la discusión y desde luego les ordeno que no la continúen.

Es un error muy grande el suponer que *de la discusión brota la luz*; eso sucedería, señores míos, entre espíritus puros o entre hombres que no tuviesen pasión alguna. Mas en el estado en que el hombre se encuentra, ¿saben ustedes la luz que de la discusión brota? Los ejemplos nos lo dicen continuamente.

Cuando dos mujerzuelas discuten (ó disputan, que es lo mismo) no sacamos en limpio de su discusión una luz que nos indique cuál es la que habla con fundamento y cuál no, pero sacamos en limpio otra cosa, cuál es la peor de las dos contendientes, porque en vez de descubrir las razones descubren las faltas. Pues lo mismo que las mujeres de quien á ustedes he hablado, discute hoy todo el mundo. Así discuten en el Parlamento, así discuten en la prensa y así discuten en todas partes. Por tanto, señores míos, aunque yo no afirmo que sea infalible la regla que acabo de darles, pues en algunos casos puede ser útil la

discusión, siempre que los contendientes sean cuales deben ser; pero como esto es tan raro, ruego á ustedes que no discutan jamás.

Y por otra parte, ¿cuál era el objeto de sus tan acaloradas discusiones? Sobre si el mundo pudo ó no pudo ser eterno y sobre si el argumento de Dios... ¿Por qué han tomado ustedes ese empeño en combatir á San Anselmo y en combatir á Santo Tomás? ¿Son estos los herejes del siglo XIX?

No, señores; no. Mejor hubieran hecho ustedes en estar estudiando bien el alma para dar pruebas evidentes de su existencia y combatir al positivismo y al materialismo de nuestros días; mejor les sería indudablemente combatir el krausismo, el saintsimonismo, el espiritismo ó el liberalismo en cuanto sistemas filosóficos, mejor ayuda prestarían ustedes á la Religión con esta y otras muchas ocupaciones no menos laudables, que entreteniéndose y gastando el tiempo en defender ó combatir el sistema tomista.

Por lo que ustedes hacen, desacreditan muchos el escolasticismo de los siglos medios, y desacreditan ahora los claustros, cosa en que llevarían razón, si mientras en el siglo se inventan armas y más armas para combatir al catolicismo, en el claustro estuviéramos perdiendo el tiempo en esas inútiles discusiones.

Y á propósito les digo á ustedes, que en el estado actual de la ciencia y del mundo, conviene estudiar la filosofía y las ciencias naturales más aún que la teología; necesitamos ahora más filósofos que teólogos, porque los herejes de ahora no nos atacan por cuestiones de gracia ó de cualquier otro tratado teológico, nos atacan por las cuestiones fundamentales de la filosofía.

Acabó de hablar el prior, y los frailes se marcharon cabizbajos y algún tanto abochornados á sus celdas.

\*\*\*

Yo también participo de la misma vergüenza que ellos por haberme metido á escribir costumbres filosóficas y haber hablado de asuntos que no entiendo.

Pero confío en la amabilidad de mis lectores, que desde luego me dispensarán del mal rato que les he dado.

BENIGNO BOLAÑOS Y SANZ.

(7 de Julio de 1883.)

## SAN FRANCISCO DE ASÍS

Y LAS BELLAS ARTES<sup>1</sup>



En el año 1225 recorría la hermosa llanura de Vich un extranjero pobre, humilde, sencillo, que pedía limosna, al propio tiempo que cumplía un alto encargo de Dios Nuestro Señor, que le había enviado á la tierra para obrar grandes maravillas. No buscaba la admiración de las muchedumbres, pero el pueblo le amaba, y con la predicación de sus virtudes, más que con la de su palabra, ganaba los corazones y enseñaba á amar.

No se sabe desde qué lugar de nuestra ciudad, aunque es creíble que desde las vetustas torres de casa Llisa, hoy Espona, en las cuales se conserva una imagen del Santo toscamente esculpida, predicaba á sus habitantes, los cuales, agradecidos, levantaron cerca de la ciudad una capillita en el lugar que se llama *San Francesch s'hi moria*, y en el cual es tradición que extenuado por el hambre y las penitencias padeció un desmayo<sup>2</sup>.

Aunque el que escribe estas líneas vive lejos de Vich, su patria, vuelve á menudo los ojos á su tierra natal y recuerda con amor las tradiciones que en la infancia oyó de labios de los ancianos, y parécenle más hermosas y más interesantes que las de otros países. Hoy, en que se cumplen siete siglos desde el nacimiento del gran Santo, y se renueva la memoria de sus virtudes y maravillas, recuerdo aquella capilla que no he visto hace muchos años, y que contiene una de las más hermosas pinturas de la comarca, de Colomer, que representa al dueño de la finca ofreciendo agua en un cántaro á San Francisco, que vuelve en sí de un deliquio. Esto me mueve á recordar la influencia de San Francisco de Asís en las bellas artes, en la forma en que ya otra vez he tratado de este asunto, cumpliendo al mismo tiempo el compromiso contraído con el Sr. Director de la *Veu de Monserrat*, de escribir un artículo para su revista.

<sup>1</sup> Reproducimos este artículo, que hace un año copiamos de la revista que se publica en Vich, *La Veu de Monserrat*, en cuya traducción se cometieron varios errores.

<sup>2</sup> Es tradición que esta capilla románica se construyó en honor del Santo un año antes de su muerte, caso de que hay pocos ejemplos.

Siete siglos cumplen en el presente año 1882 que vino al mundo el hijo de un modesto mercader de Assis, llamado Bernardone, cuando se acercaba el más hermoso siglo de la historia, el siglo XIII, durante el cual renacieron más esplendentes las ciencias que el laborioso monje había conservado en las sombrías bóvedas del claustro, y fueron de repente llevadas á gran perfección por Rogerio Bacón, Pedro Lombardo, el Maestro de las Sentencias, Alberto el Grande, Santo Tomás, San Buenaventura, Duns Scoto y Raimundo Lulio. La legislación se ostenta floreciente y da frutos tan maravillosos como las Partidas, las Decretales, obra de un español, y el *Consulado de Mar* de Barcelona, cuya ley acepta Europa entera.

El comercio da vida á las repúblicas del Mediterráneo, á Florencia, Génova, Pisa, Ferrara y á la floreciente Barcelona, rival entonces de las más poderosas naciones en la guerra y en las artes. Formábase á la sazón las lenguas modernas derivadas del latín, y en el candoroso romance recién nacido se balbuceaba la hermosa poesía popular que ha perpetuado los caracteres de aquellos tiempos.

Pero las letras, las ciencias, las artes, el comercio, los tesoros de poesía nada eran en aquel siglo en comparación del ardor vivísimo con que se agitaba Europa y del entusiasmo cristiano con que las naciones de Occidente se precipitaban sobre el Oriente para defender las piedras santas de un sepulcro en las gloriosas guerras de las Cruzadas.

Esa es la ocasión en que Dios envía al mundo en forma de pobre hijo de un mercader, á un ángel de amor, al corazón más inflamado y más hermoso que han conocido los hombres. Parece como que la Providencia escogiera para que brillase la portentosa figura de San Francisco de Asís, aquel hermoso cuadro embellecido por las poéticas costumbres que se formaban al rededor de los castillos feudales y al són de los dulces cantos del trovador, al eco de místicas tradiciones y hermosas leyendas, de las cuales rebosa la poesía de aquella hermosa edad. En un siglo de tanta hermosura es natural que revisieran carácter de belleza todos los afectos del alma; pero ¿qué grados de hermosura no tendría la virtud, y una virtud tan excelente como la de San Francisco de Asís! Por eso es digno de estudio, no sólo como santo, sino también por lo que influyó en las artes, en la poesía y en la hermosura de las costumbres.

Su amor al Criador y á las criaturas ha inspirado á los grandes maestros de la poesía y de la elocuencia cristianas, Dante y Bossuet. Prestó candorosísimo y suave calor al gracioso pincel de los pintores de la escuela de Umbría, Giotto y Perugino, y dió pábulo á la hermosa poesía popular de su tiempo, al espíritu poético de aquella edad, que revisió de delicadas formas los hechos de su vida, llevándolos hasta nosotros por medio de hermosísimas tradiciones de que está llena Europa.

Toda poesía es amor, y aunque el amor y caridad llenan la vida de todos los santos, en ninguna de ellas resplandece como en la de San Francisco un amor tan vivo á la naturaleza, aunque siempre amada por amor de Dios. Han dicho algunos críticos que el cristianismo que inspira desprecio al mundo no puede ser fuente abundante de poesía, porque la priva de las bellezas de la naturaleza sensible; y parecería acaso fundada esta opinión si no hubiese hombres como el serafín de Asís, que han probado con sus obras que el amor de Dios es el amor de todas las criaturas. Tan puro y ardiente era el amor de San Francisco, que le llevaba á amar, no sólo al Criador, sino todas las obras del mundo sensible desde los ángeles hasta los criminales; y también los seres inanimados, desde el sol hasta las florecillas del campo.

Y como quería á la naturaleza por ser obra del Poder infinito, y sus formas por la sabiduría infinita que se las ha dado, y sus fines por el amor infinito que los dirige, daba algo de infinito á su manera de amar, hasta el punto de parecer locura á los ojos de los demás. Todos los seres, como obra de la mano amorosa del Padre celestial, eran para él hermanos queridos, y con este dulce nombre de hermanos saludaba á los peces del mar, á los pajarillos del aire, á las estrellas del cielo y á las flores de los prados. Hasta el dolor y las penas eran recibidos por él con amoroso y cordial abrazo, y al sentir que se acercaba la muerte abriendo los brazos, le dijo: «Bien venida seas, ¡oh muerte, hermana mía!»

Dígase si era posible que no influyese tal santo en las artes que se sostienen por el amor, centro y alma de toda belleza. Hijas son de San Francisco de Asís la poesía y la pintura italianas, la tierna poesía que comienza en la *Oda al Sol*, sublime himno de su arrebatado espíritu y concluye en la maravillosa *Divina Comedia* de su entusiasta admirador Dante Alighieri.

Discípulo en su juventud de la escuela de Proven-

<sup>1</sup> Recherches philosophiques (cap. IX).



za, que visitaba á menudo, pudo aprender en ella una poesía profana no comparable con la poesía que sólo inspira un amor puro como el suyo. Pero lo que recibió de Provenza lo devolvió con creces al mundo, y si allí escuchó canciones profanas al sol, que al parecer ha sido desde muy antiguo tema de aquellos poetas, ninguna de ellas vale tanto por su grandeza y fuego como la del *Frato sole*. Otras poesías que se cree por algunos que son de San Francisco, muchas de discípulos suyos, y las latinas del *Stabat Mater* y *Dies irae*, de Tomás de Celano y Fr. Jacopone, sobran para llamar á la Orden de San Francisco la Orden de los poetas.

Sobre su sepulcro nace la escuela de los candeleros pintores de Umbría, que animados de su espíritu, representan los hechos de su vida y reproducen la seráfica imagen que legó al primero de los pintores, al sublime Rafael, que con ella engrandece el arte. Los grandes pintores de nuestra patria, Zurrabarán, Murillo, Alonso Cano, el Greco, Ribera, los Ribaltas, Atanasio Bocanegra, y otros mil ofrecieron al santo los frutos de su ingenio, que admiramos en iglesias y museos. Pero sobre todo el gran pintor de la Virgen, el divino Murillo ha dejado entre otros dos testimonios de la inspiración seráfica, en dos cuadros, uno el de la Porciúncula en el Museo de Madrid, y otro, el hermosísimo que se guarda en el Museo de Sevilla, y representa á San Francisco abrazado por Cristo crucificado. Largo resultaría este artículo si debiéramos analizar el mérito de esos cuadros y rendirles las debidas alabanzas. Y ¡cosa rara! el mejor cuadro que he visto en Vich es un San Francisco que se guarda en casa de D. Francisco Javier Calderó, que conocedor de su mérito lo adquirió hace algunos años.

Hasta nuestros días el amor de San Francisco inspira nuevos cuadros en Alemania, Francia y otras naciones. Benouville le ha pintado en un cuadro reproducido por el grabado y fotografía, bendiciendo su ciudad natal. Llevado á la caída de la tarde, casi agonizando, en una litera por sus hijos de religión á la vista de la ciudad, se incorpora, apoyándose suavemente en uno de ellos, y bendice amorosamente á Asís, que se dibuja en el fondo del cuadro, al extremo de una agradable llanura. Es uno de los mejores cuadros modernos de Luxemburgo. En el Museo Nacional de Madrid, que sólo tiene originales, existe una copia.

En nuestra patria hemos visto en los últimos tiempos que la inspiración franciscana ha proporcionado justos laureles á una escultura de Samsó y á una pintura de Mercader<sup>1</sup> que por no ser demasiado largos no explicamos. Y al hablar de esculturas, ¿quién que haya visitado la catedral de Toledo no recuerda la que existe encerrada en un escaparate en la pieza que se llama *el Tesoro*? Alonso Cano ó Meua (que se duda del autor), supieron imprimir en aquella obra de talla, una de las mejores que se conocen, el espíritu de humildad, de devoción, de amor y penitencia que ardía en el pecho del humilde Santo.

Pero no fué tan grande su influjo en la poesía y la pintura como en las maravillosas obras de la arquitectura gótica. Al morir el patriarca de Asís entraba en la época de su mayor pureza el divino arte ojival, este arte inspirado por el amor y por la fe, compendio de unos siglos de entusiasmo, de ardor cristiano, de santa exaltación.

El espíritu que animaba á Francisco de Asís era también el espíritu de su siglo, el mismo á cuyo impulso brotaban en el suelo de Europa las atrevidas y afiligranadas torres y erizados pináculos de mil catedrales. Parece como que la Orden de Asís se hizo durante el siglo XIII y siguientes la enamorada protectora del arte ojival. Mil doscientas iglesias góticas, levantadas en medio siglo y dedicadas al Santo, testimonio son de los lazos que unían á esta hermosísima arquitectura con la Orden de *hermanos menores*. Al morir en mal hora el arte gótico, asesinado por el frío Renacimiento en el siglo XVI, en brazos de los frailes franciscanos exhala los últimos alientos de su preciosa agonía.

También en nuestra patria sembraron los hijos del humilde Santo la semilla gótica. ¡Cuán hermosos son algunos conventos é iglesias! ¡Qué preciosidad el convento é iglesia de San Francisco de Barcelona! No queremos recordarlo; el corazón se cubre de luto, y no se puede reprimir un ¡ay! de dolor. Flor delicada que hace cuarenta y ocho años tronchó en mal hora el vendaval de la civilización moderna. En el *civilizado* siglo XIX se entregó á las llamas el precioso templo dedicado á aquel Santo que, en el *barbaro* siglo XIII, cuenta la tradición que apartó en

cierto día de en medio del camino público un tosco vaso de barro, por temor de que fuese aplastado, pues su alma no podía sufrir la idea de la destrucción. ¡Bendito seas, corazón de amor! ¡Ojalá bajase á la tierra una chispa del fuego que ardía en tu pecho, para dar nueva vida á las artes, á las letras y á las costumbres, haciéndolas más cristianas, y por tanto más hermosas!

R. VINADER.

## UNA MUJER FUERTE

Leyenda histórica

### II

LA MUJER DEL MARINERO



o era esta la vez primera que la bondadosa María iba á visitar á la infeliz mujer del marino ausente y á quien la situación de su cabaña aislaba de sus iguales. Por lo común la encontraba sentada en un banco de madera, puesto en el exterior junto á la puerta cuando el sol estaba despejado, ó acurrucada sobre la piedra del hogar, cuando la mar hinchada y furiosa venía á estrellarse contra las rocas con ese siniestro ruido que es la eterna queja, el eterno lamentar del Océano irritado. Pero ya estuviese Magdalena en la puerta, ya junto al hogar, tenía comúnmente en sus brazos el niño que estaba criando, y era un aflictivo espectáculo que arrancaba lágrimas á su compasiva visitadora el ver aquella mujer, que se moría en pie y cuyo sepulcro se iba ahondando diariamente, estrechar contra su agonizante pecho á aquel débil niño, que era demasiado peso para ella y que se consumía al paso que ella misma se aniquilaba.

Este día, aunque el tiempo era hermoso, no estaba Magdalena sentada en el banco, y dos mujeres hablaban como asustadas en el umbral de la puerta. Magdalena estaba en la cama, cuya cortina se hallaba descorrida; y había otra mujer junto á la chimenea, puesta de rodillas é inclinada sobre un tizón medio apagado en un puñado de paja, que estimulaba con su soplo, empeñándose en hacer salir la llama.

La mesa de madera tosca, colocada contra la ventanilla ó más bien contra el cerco embutido en la pared que hacía de ventana, tenía encima un mantel con franjas, y entre dos candeleros de cobre había encima un Crucifijo.

— ¿Qué hay? ¿qué ha sucedido? preguntó al instante María, dirigiéndose hacia aquellas mujeres que se habían desviado para dejarla pasar. ¿Está peor Magdalena?

— Diga usted, señora, que está en las últimas, contestó una de ellas, sin cuidarse de si estas lúgubres palabras llegarían ó no á oídos de la enferma.

— Sí, repuso la otra con un cuchicheo fácil de ser oído por la enferma, la infeliz se iba á morir sin sacramentos. Afortunadamente para ella mi pariente, que es pescador, había dejado olvidada en la playa una de sus redes. Hoy por la mañana salí temprano para buscarla, pues nosotras las mujeres de los pescadores tenemos que andar en estas cosas. Y hé aquí que al volver se me ocurrió la idea de entrar en casa de la vecina, á ver cómo seguían ella y su niño. Llamé y nadie respondía, á pesar de que hacía tiempo que había salido el sol. Entonces me ocurrió la idea de entrar; abrí la puerta con un buen puñetazo, porque los pobres no tenemos puertas muy sólidas; ¿y qué es lo que vi? á Magdalena tendida á lo largo en el suelo junto á la cuna del niño. Créame usted, señora, esto fué como si me hubieran dado un escopetazo, porque si usted oye decir que la Maruja tiene mala cabeza, jamás oirá decir que tiene mal corazón. La levanto, la acuesto y cojo al niño que estaba gritando como un lobo. Me pareció que tenía sed, pero por más que le dí agua, continuaba gritando. En esto acertó á pasar la molinera.

— ¿Sabe usted dónde vive la molinera, señora? dijo interrumpiendo la otra mujer que escuchaba la narración con interés, pero con irresistible gana de tomar la palabra; al otro lado del pueblo, á media legua escasa de la ciudad.

— La molinera venía de asistir á su padre, que estaba en la punta de la Gaviota, repuso con locuacidad la narradora, volviendo á tomar el hilo de su interrumpida narración.

— Un hombre de bien, señora, dijo la vecina, volviendo á tomar la palabra.

— ¡Y eso qué le importa á la señora! dijo la Maruja impacientada: ¿vas tú á contarle que la molinera tomó el camino de las Rocas, en lugar de venir por el de la Cruz? Cierra tu pico ó habla sola.

Al punto, señora, añadió dirigiéndose á la joven, la molinera, que tiene un niño de pocos meses, pudo calmar al niño de Magdalena, y yo me ocupé de ésta, que se hallaba medio muerta; en seguida llegaron las vecinas y fueron á buscar á un sacerdote. Este la ha preparado ya y va á administrarle el Santo Viático. ¿Habla ahora, Justina?

Esta última pregunta iba dirigida á la tercera mujer, que después de haber encendido la lumbre y puesto en ella un vasito de barro, se había subido en el banco de la cama y estaba inclinada sobre Magdalena. Se volvió y bajó la cabeza.

— No, dijo; tiene ya color de difunta. Por Dios, que venga el señor cura, que ya es hora.

María vió contraerse la fisonomía de la moribunda; los ojos de ésta se abrieron y se fijaron sobre ella con extraña y dolorosa expresión. ¿Habría quizá comprendido lo que acababan de decir? María, extrañando los términos explícitos con que se informaba acerca de su desesperada situación á los enfermos de los campos, hallaba crueles á las vecinas, é indicándoles con un ademán que se estuviesen calladas, se acercó á la cama.

Pero en aquel instante resonó el claro eco de una campanilla. Se volvió María, y las dos mujeres estaban arrodilladas. Por la vereda se acercaban dos individuos: un sacerdote vestido con sobrepelliz y estola, y un muchacho que traía en una mano un farol de escasa luz, y en la otra la campanilla, que anunciaba estar pasando el Señor.

Si alguna vez nos hemos encontrado en nuestros paseos por el campo con ese acompañamiento compuesto por lo común de un anciano y de un niño, y una escasa comitiva, hemos debido sentir esas puras y saludables conmociones que aprovechan tanto al alma.

Allí no hay grande pompa religiosa, ni ceremonia imponente, ni magnífico aparato. No hay otras flores sino las que se abren en la húmeda hierba ó en la vegetación flotante de los campos; ni otra música que las deliciosas y confusas notas de los pajarrillos, ni otro aroma que el olor de la brisa que acaba de pasar por encima de las alfombradas campiñas. Un sacerdote lleva el sagrado copón, donde se halla el pan de los fuertes. Pasa doblando su frente bajo las ramas inclinadas: en los campos los trabajadores suspenden su tarea para santiguarse con devoción, y en los caminos los transeúntes ceden el paso y se arrodillan en presencia del Santo Viático.

¿No es este un espectáculo á la vez sencillo, solemne y tierno?

Al ver María al venerable párroco, había retrocedido de pronto hasta la puerta, arrodillándose también. Esta escena, que le era nueva, le causaba profunda sensación. Y sus ojos, después de dirigirse por un instante hacia Magdalena, á quien Justina trataba de sentar sobre la cama, quedaron inmóviles en el copón que el sacerdote colocó sobre la mesa á los pies del Crucifijo, mientras iba á decir á la moribunda algunas piadosas palabras y á recibir sus últimas protestas de fe. Parecía á la joven que nunca había orado á Dios con tanto fervor; que nunca su fe se había manifestado con igual fuerza. Por la puerta que estaba abierta veía el mar, esa imperfecta imagen de lo infinito, y sobre la mesa de madera de aquella miserable cabaña, convertida en templo del Omnipotente, descansaba Aquel á quien las olas obedecen.

Magdalena recibió con suma piedad los últimos sacramentos.

Concluida la ceremonia, se levantó María y preguntó al sacerdote:

— ¿Qué le parece á usted, señor?

— Señora, está muy mala.

— Pero ¿cree usted que fallezca muy pronto?

— Señora, antes de mañana habrá, en mi pobre juicio, pensando piadosamente, un alma más gozando de la eterna beatitud.

Y saludándola, salió.

Una especie de débil quejido, acompañado con un sollozo, llamó en aquel instante la atención de la joven, que se acercó á la cama. Las tres mujeres que estaban de pie sobre la tarima de la cama, se desviaron, María se subió en ella, y su corazón se llenó de compasión por el aflictivo espectáculo que se presentaba á su vista.

Magdalena, con el color lívido y la fisonomía contraída, estaba sentada sobre su pobre lecho y abrazaba con sus débiles brazos al hijo que quiso le trajeran. Sobre aquella carita descolorida fijaba sus ojos ya turbios, que derramaban gruesas lágrimas.

De vez en cuando daba el niño un quejido lamentable, que penetraba hasta lo íntimo del corazón de la moribunda, y medio abriendo sus pequeños labios secos, recogía con avidez las frías gotas que caían sobre su rostro, bebiendo las lágrimas de su madre.

La tierna mirada de la moribunda se dirigió á

<sup>1</sup> Entre las pinturas que decoran la iglesia San Francisco el Grande de Madrid, aun no abierta al culto desde su restauración, brilla una composición grandiosa del mismo pintor.



María, cuando oyó la dulce voz de ésta, y bajándola en seguida sobre su hijo, dijo con voz apenas perceptible:

— ¿Qué será de él?... ¡Yo voy a morirme!

Había en sus palabras un desconsuelo tan profundo, que la compasión que María sentía se trocó en verdadero padecimiento; porque su corazón de madre quedó lacerado con aquella angustia maternal.

Acercóse á la moribunda y con voz entrecortada y rápida le dijo:

— Si Dios se la lleva á usted, este niño será mío.

Magdalena levantó hacia ella sus grandes ojos, por los que cruzó entonces un rayo de vida que les dió una animación extraordinaria.

— ¿Usted, señora, no querrá engañarme? dijo con ahínco.

— ¡Yo engañarla á usted! ¡ah! no, de ningún modo. Esta promesa la sostendré. Me encargaré del niño hasta el regreso de su padre.

Un profundo suspiro salió del pecho de la infeliz madre, que se cayó á plomo sobre la almohada, como si ya pudiera morir tranquila.

— Léveselo usted y que Dios la bendiga, dijo á media voz pasando por última vez su mano por el rostro del niño, mientras sus fatigados párpados cubrían sus moribundos ojos.

María cogió al niño y se fué hacia las vecinas, que estaban tratando del entierro que se había de hacer á Magdalena.

— Bastante se ha hablado ya, dijo Justina, y primero coja usted de manos de la señora este niño. ¡Pobre criatura! es muy débil para criarse, y Dios debería llevarse al mismo tiempo que á su madre.

— Este niño tiene el alma clavada en el cuerpo, dijo la Maruja; hace tres meses que debió haberse muerto, y ahora ¿qué va á ser de él? Yo hubiera tratado de criarlo con permiso de mi pariente; pero el destetarlo ahora sería matarlo. Démelo usted, señora, si le molesta, aunque sea corta carga. ¿Dios mío! ¿quién dirá que este niño tiene ocho meses?

— Déjelo usted estar, dijo con dulzura María, este niño no se separará de mí; acabo de prometerle á la madre cuidar de él hasta que vuelva Antonio.

Las tres mujeres se miraron, y cuando Justina volvió á tomar la palabra, fué con tono conmovido.

— Verdaderamente, señora, Dios la bendecirá, dijo, y no es usted orgullosa en querer usted misma criar al hijo de un marinero. Pero, añadió bajando la voz, no hay que contar ya con el padre. El barco en que iba no ha vuelto como los demás, y dicen que la tripulación se ha perdido: esta noticia ha dado la última estocada á Magdalena.

— Sea lo que Dios quiera, dijo María, voy á llevármelo, porque sus gritos hacen daño á la madre y le impedirían morir en paz.

Una de las mujeres fué á ponerse en la espalda la cunita de madera. María envolvió al niño en sus miserables abrigos, lo colocó en sus brazos cómodamente y salió de la cabaña, acompañada de Maruja. Magdalena estaba sumergida en una especie de letargo, preludio de la muerte. María caminaba despacio; la carga era ligera, pero le parecía que cualquier movimiento fuerte hubiera podido apagar el delicado

aliento del débil niño que llevaba; por lo que tomaba infinitas precauciones. Cuidaba de que sus pies no tropezaran con ninguna piedra y se detenía con frecuencia para cerciorarse de que el abrigo, descomponiéndose, no dejaba entrar el violento aire del mar hasta aquellos miembros tan yertos por la debilidad.

La distancia que separaba la cabaña del caserío inmediato fué larga de andar, y ambas mujeres ponían el pie en el umbral de la puerta del patio cuando oyeron detrás de sí una respiración desalentada.

Era Justina, que venía corriendo.

— Señora, dijo, si usted tiene algún paño para el altar, ó candeleros, le ruego se los dé á la Maruja.

— ¡Qué! dijo María, Magdalena está ya...

— ¡Muerta! sí, señora; he venido corriendo detrás de usted para decírselo, mas no he podido alcanzarla. Le ruego que, si puede, no olvide lo que acabo de encargarle.

María hizo un ademán de quedar convenida, y por un movimiento maquinal estrechó contra su corazón al desgraciado niño, á quien Dios dejaba huérfano.

— ¡Infeliz niño! decía para sí, ¿qué será de ti sin madre!

(Se continuará.)

## BIBLIOGRAFÍA

*Jesucristo en el Evangelio y en la sagrada Eucaristía, su influencia sobre el individuo y la sociedad, sermones predicados en las solemnes funciones de la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas, en la iglesia de Santo Tomás de Madrid, en los años de 1862, 64 y 66, por el actual Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Valladolid.*

Agotada la edición de los sermones de 1862, cediendo á repetidísimas instancias de personas autorizadas, se publica de nuevo añadiendo los de los otros dos años. No repetiremos los encomios que la prensa católica hace de la obra. Para formarse una idea de ella copiamos los siguientes índices:

TOMO I, AÑO DE 1862. — *Primer sermón.* — Jesucristo, esperanza de los pueblos antiguos y Redentor de la humanidad pecadora: lazo de unión entre Dios y el hombre: tipo de la humanidad regenerada.

*Segundo sermón.* — La fe: su necesidad y su nobleza: la Eucaristía, misterio de fe que perpetúa la Encarnación, exige y robustece aquella virtud.

*Tercer sermón.* — La esperanza fundada en el sacrificio de Jesucristo, y en la participación de El y de sus méritos: la Eucaristía, prenda de esperanza.

*Cuarto sermón.* — La felicidad en la unión con Dios: el amor, lazo de esta unión: la Eucaristía, Sacramento de amor, fuente de felicidad.

*Quinto sermón.* — La humildad, base de la verdadera grandeza: la humillación voluntaria de Jesús en su vida mortal y eucarística, modelo y estímulo para todos.

*Sexto sermón.* — La caridad, fruto del Catolicismo, considerada como unión de voluntades para la armonía y la paz social: la Eucaristía, fuente de caridad, lazo de unión y felicidad.

*Séptimo sermón.* — La caridad, como donación y sacrificio: la Eucaristía, estímulo, sostén y recompensa de esta donación y sacrificio.

*Octavo sermón.* — El alejamiento de la sagrada Eucaristía en unos y el abuso en otros, es causa de los males que nos afligen.

*Noveno sermón.* — Nuestros deberes con Jesucristo Sacramentado.

Pláticas predicadas en el ejercicio al *Sagrado Corazón de María.*

*Primera.* — María, principio, instrumento y manantial perenne de las misericordias de Dios sobre el género humano.

*Segunda.* — María, vida del alma inocente, esperanza del alma pecadora, dulzura del alma justificada.

*Tercera.* — Sentimientos que inspira la devoción á María. TOMO II, AÑO DE 1864. — *Primer sermón.* — El hombre en su creación y en su caída.

*Segundo sermón.* — La Religión.

*Tercer sermón.* — El hombre regenerado por Jesucristo.

*Cuarto sermón.* — El Catolicismo modera y ordena las pasiones.

*Quinto sermón.* — Jesucristo eleva al hombre y le deifica con la gracia que le comunican los Sacramentos, y especialmente la Sagrada Comunión.

*Sexto sermón.* — La Iglesia Católica, complemento de la obra de Jesucristo, única depositaria de los tesoros de la Redención.

*Séptimo sermón.* — Influencia del Catolicismo sobre la sociedad.

*Octavo sermón.* — Doctrina social de Jesucristo: beneficios del Catolicismo.

*Noveno sermón.* — Estado actual del Catolicismo en la sociedad: necesidad de volver á él para la felicidad de los pueblos.

TOMO III, AÑO DE 1866. — *Primer sermón.* — Necesidad de conocer á Jesucristo: cuán poco se le conoce: consecuencia de esta falta de conocimiento.

*Segundo sermón.* — Jesucristo en el seno del Padre, Verbo de Dios, Criador de todas las cosas.

*Tercer sermón.* — Jesucristo en la Encarnación, Dios Hombre, restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra.

*Cuarto sermón.* — Jesucristo en su vida privada, modelo de la humanidad.

*Quinto sermón.* — Jesucristo en su vida pública, Maestro de la humanidad.

*Sexto sermón.* — Jesucristo en su Pasión, Redentor del género humano: segundo Adán, restaurador de las ruinas que causó el primero.

*Séptimo sermón.* — Jesucristo en la sagrada Eucaristía perpetúa su vida entre nosotros; renueva constantemente su sacrificio, y se une á nosotros para levantarnos hasta Dios.

*Octavo sermón.* — Jesucristo resucitado para nuestra justificación glorifica nuestra naturaleza, entrando en el cielo y envía al Espíritu Santo para poner el sello á su obra de restauración universal.

*Noveno sermón.* — Jesucristo sentado á la diestra del Padre, nuestro Mediador, Sacerdote y Abogado en la vida, nuestro Juez en la muerte, y nuestro glorificador en la eternidad.

La edición se ha hecho con todo esmero por la acreditada imprenta madrileña de Aguado, y del extracto de materias que precede se desprende el interés de su lectura para toda clase de personas. Comprende tres elegantes volúmenes en 4.º mayor y se halla en las principales librerías de Madrid, y en Valladolid en la de Cuesta, á treinta reales el ejemplar en rústica.

## REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

La remolacha (*Beta vulgaris* de Linneo) es una ta de reconocida utilidad.

El culto pueblo francés, tan avanzado en agrícola

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España  
calle del Príncipe, 27, Madrid.

## ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS  
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

# EL AGUA DE SUEZ

Vacuna de la boca, suprime instantáneamente y para siempre los

# DOLORES DE MUELAS

y por consiguiente, la Aurificación y la Estracción. — El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica ó narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura. — La *Opíata anaranjada* de Suez, asegura su blancura sin ningún peligro. — El *Vinagrillo lácteo* de Suez, para el tocador, destruye la causa principal del Cáncer en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico. — porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desesmalarse y caerse. — Dirigirse á M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. Madrid: R. I. Chávarri, almacén de drogas, Atocha, 87. — J. M. Moreno, botica de la Reina Madre, mayor, 93. — Manuel R. Hernández, farmacéutico, Mayor, 27 y 29. — Frera, perfumería, Carmen, 1. — Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

## VAPORES-CORREOS del MARQUÉS de CAMPO

Líneas regulares de Asia, África, América y Oceanía

Servicio mensual, en días fijos, desde Burdeos (Pauillac) á Santander, Cornu, Vigo, Cádiz, Puerto-Rico, Habana, Veracruz y viceversa.

El 17 de Octubre del corriente año saldrá de Burdeos (Pauillac), el vapor correo VERACRUZ (100. A. 1. LLOYD), Capitán D. Francisco Alvarez, admitiendo pasajeros y carga.

Para informes, oficinas del Excmo. Sr. Marqués de Campo, calle del Cid, número 7, Madrid.

Para pasaje y fletes, dirigirse á los consignatarios en los puertos de escala.

## ACADEMIA PREPARATORIA Libertad, 15, Madrid.

En el colegio Hispano-Romano, y bajo la dirección de un distinguido oficial facultativo, se van á inaugurar el 15 de Octubre los estudios preparatorios para el ingreso en la Academia general militar y en las especiales civiles. Se admiten internos, medio pensionistas y externos.

## SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus Oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India. Oficinas: Calle del Príncipe, 27, principal. Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4.

## PARA EL CULTO DIVINO

Atriles.	Ciriales.	Diademas.	Navetas.
Candeleros.	Coronas.	Incensarios.	Sacras.
Campanillas.	Cruces.	Lámparas.	Vinageras.

Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel Garcia, Atocha, 45 y 47, Madrid.



tura, la considera como su raíz predilecta: con ella obtiene alcohol, y con la pulpa, de la que ya ha extraído éste ó el azúcar, alimenta sus ganados.

Al consignar tales hechos exclama don Buenaventura Aragón: «¿Qué más puede desearse de una planta que da dinero por su alcohol, carne por su pulpa, y abono por la carne que mantiene?»

Blanco y Fernández, al hablar de la remolacha, dice:

El cultivo de esta planta bienal es sumamente útil por más de un concepto: resiste los fríos intensos, suministra al hombre un alimento sano y grato, al ganado un excelente pasto: de su raíz se extrae azúcar: da mucho producto y muy poco expuesto á las influencias nocivas que tanto perjudican á otros: es de fácil conservación y de un valor muy notable: los cuidados que necesita son poco dispendiosos: se acomoda á muchos terrenos, disponiéndolos favorablemente para continuar una entendida alternativa.»

En un orden análogo de ideas la elogia don Agustín de Quinto en los siguientes términos:

«La remolacha, en razón de sus muchas hojas y de la corta profundidad de su raíz, apenas empobrece el terreno por lo mucho que atrae de la atmósfera, y las cosechas de trigo ó de cebada que puedan sucederla son siempre vigorosas y abundantes.»

Don Balbino Cortés hace así su apología y dice:

«La remolacha prevalece muy bien en los más diversos climas, pues se le ve dar productos tanto en Alemania y en Rusia como en los puntos más meridionales de España: en cuanto á los terrenos, todos les son buenos, menos los arcillosos y los muy calcáreos, y aun en los primeros pueden sembrarse con éxito las variedades cuyas raíces salen de la tierra.»

Con no menos entusiasmo hablan de ella los agrónomos franceses.

El conde de Villeneuve exclama:

«Hémos aquí en el cultivo por excelencia, la remolacha, que ha llegado á estar de moda, puede decirse, en el Norte, desde los primeros buenos resultados de la fabricación del azúcar... Nada debe sorprender en este siglo de los descubrimientos, y con el poder del vapor no existe ya lo imposible... Bajo el punto de vista de la facultad nutritiva, la remolacha es poco inferior á la patata: es superior á la zanahoria y al nabo y tiene la gran ventaja de poder ser útil á los agricultores de labores pequeñas en razón á que les suministra, para los chanchos y las vacas, un alimento fresco desde el verano hasta el otoño.»

Según Mr. Gasparin, «es la raíz que mejor conviene en el Mediodía de la Francia,» y eminentes agrónomos franceses prefieren la remolacha á todas las demás raíces como alimento para los ganados.

Por último, el conde Gasparin dice también lo siguiente:

«La remolacha será un forraje fresco para ayudar á la alimentación del ganado. Para este uso tiene cualidades especiales y muy preciosas.

«Exige trabajos menos dispendiosos que la zanahoria; los riesgos á que los insectos la exponen son mucho menores que los que al nabo amenazan; se la puede consumir en crudo sin inconveniente nin-



SAN LORENZO, DE LUQUETO.

guno, y almacenada se la puede conservar fácilmente y durante mucho tiempo. Así, pues, la remolacha debe formar parte de toda buena provisión de alimentos de invierno.»

Queda, pues, demostrado, con la autoridad de tan respetables opiniones, que la remolacha es una planta reconocidamente útil para el labrador.

Veamos ahora su composición.

Según análisis hecho por Mr. Boussingault en la remolacha silvestre, contiene la raíz entre 0,83 y 0,88 de agua, sobre poco más ó menos, según los terrenos de la estación. La remolacha de Alsacia contenía la cantidad de 0,122 materias secas, y la hoja se reducía, después de seca, á 0,111. La proporción de las hojas á las raíces era de 78 á 100 en una mala cosecha; pero según los experimentos practicados por Mr. Gerardin, el peso de las hojas es casi igual al de las raíces.

Según un análisis hecho por Mr. Payen, la remolacha se compone de:

Agua.....	83,5
Azúcar.....	10,5
Leñoso ó celulozo.....	0,8
Albúmina, caseína y otras sustancias neutras azoadas.....	4,5
Principios orgánicos, sales orgánicas, sales minerales.....	0,7
	<u>10,00</u>

Habiendo observado Mr. Payen los residuos que deja la planta sobre el suelo, dice que una hectárea en buen cultivo, que produjo 4.000 kilogramos de remolacha, habían quedado á beneficio del terreno:

	Kilog.	Kilog.
Hojas descompuestas durante la vegetación.....	3.850	cuyo ázoe es 19,25
Raíces y raicitas que quedan en el suelo.....	460	" " " 11,04
		<u>30,29</u>

Las raíces contienen:

Carbono.....	42,75
Hidrógeno.....	5,77
Oxígeno.....	43,58
Azoe.....	1,66
Cenizas ó sales marinas.....	6,24
	<u>100,00</u>

En cuanto á su vegetación, debemos decir que la remolacha, sometida á una temperatura más baja que la congelación, se descompone.

La semilla germina y su vegetación comienza cuando la temperatura es de 7° sobre cero.

Por los trabajos de Mr. Decain se sabe que lo que denomina raíz de la remolacha lleva en su centro la prolongación de un tuétano en forma de cono invertido, lo caracteriza un tallo rehenchido por una masa celulosa y en donde está englobada y oculta la parte radicular.

Por lo general, la parte de la remolacha que se alza fuera del suelo comprende el pequeño tallo, y la parte subterránea la verdadera raíz.

La masa se aumenta gradualmente por la superposición de zonas concéntricas, de las cuales cada una está compuesta de materiales perfectamente idénticos en el conjunto de todas ellas; de modo que, según las observaciones de Mr. Peligot, en todas las edades de la planta la cantidad de azúcar es proporcional al volumen de la raíz y del tallo.

Durante el primer año de la vida de la remolacha, el tallo se alarga y continúa estando rehenchido y carnoso; cada serie de hojas tiende, por la extensión de sus fibras, á aumentar el número de las zonas concéntricas; sólo en el segundo año es cuando el tallo herbáceo ó leñoso se alarga, por fin, y se termina con las flores y las simientes.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5

# LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

## Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije

Ayuntamiento de Madrid